

co, y los mandó pregonar por traidores, insistido de los Zegríes y Gomeles. A lo cual no quisieron resistir, ni contradecir los linages de los Alabeces, Aldoradines, Gazules y Venegas, y todos los de su parte, por no mover nuevos escándalos; y tambien porque tenian esperanza que presto volverian á tomar posesion en todos los bienes de que se habia entregado el reyecillo, y porque no les correspondia aquel pregon, por ser ya cristianos, y porque era notoria la passion y odio que tenia á estos virtuosos y nobles caballeros Abencerrages: endonde los dejarémos por hablar de D. Juan Chacon, el cual habiendo despachado el mensagero de la reina, se puso á considerar á qué caballeros hablaría para llevar á la defensa de la reina, que fuesen de confianza para la satisfaccion de aquel caso; y por otra via se determinaba á emprender aquel hecho él solo; y sin duda saliera con su intencion, por ser de corazon animoso, y valiente por estremo. Tenia grandísima fuerza, y tanta, que de una cuchillada cortaba todo el pescuezo á un toro. Sucedió, pues, que no apartando de su memoria el cuidado de la reina y la palabra dada, un dia se juntó con otros caballeros muy principales y muy estimados: el uno era D. Manuel Ponce de Leon, duque de Arcos, descendiente de los reyes de Jérica, y señores de la casa de Villagracia; salidos de la real casa de los reyes de Francia, y á quienes por señalados hechos que hicieron, les dieron los reyes de Aragon por armas las barras de Aragon, rojas de color de san-

gre en campo de oro, y al lado de ellas un leon rapante en campo blanco; armas muy acostumbradas del famoso Hector troyano, antecesor suyo, como dicen las Crónicas francesas. El otro caballero era D. Alonso de Aguilar, gran soldado, belicoso y de muchas fuerzas, y de animoso corazon, amigo de batallar con los moros; y de tanta perseverancia que tuvo en esto, vino luego á morir á manos de los moros, mostrando el valor de su persona, como adelante se dirá. El tercero era D. Diego de Córdoba, baron de gran fortaleza, amiguísimo del militar ejercicio; y tanto que decia, que estimaba mas á un buen soldado, que á todo su estado; y que merecia comer con el rey, y decir que era tan bueno como él. Finalmente el alcaide de los Donceles, D. Manuel Ponce de Leon, D. Alonso de Aguilar, y D. Juan Chacon estaban en conversacion tratando del reino de Granada, y de la muerte de los Abencerrages tan sin culpa, y de la injusta prision de la reina Sultana, y en el estado que la tenia su marido el rey Chico, porque de todo habian informado los caballeros nuevamente convertidos. Y tratando del miserable estado en que la reina estaba por un testimonio, dijo D. Manuel Ponce: «Si fuera lícito, de buena gana fuera yo el primero en defender á la necesitada reina.»—«Yo el segundo, dijo D. Alonso de Aguilar, porque estoy condolido de su desgraciada suerte, y al fin es agravio feo en muger noble.»—El alcaide de los Donceles dijo: «Pues yo fuera el tercero, porque considero la afliccion

en que estará puesta; y aunque es mora debemos los caballeros deshacer agravios hechos á personas de tal calidad, y nunca los cristianos perdemos la buena obra que hacemos.»—«Sepamos, señores, dijo D. Juan Chacon, qué cosa incierta hallais para que la reina no sea favorecida en este caso.»—«Dos cosas lo impiden, dijo D. Manuel: la una, ser mora Sultana, aunque no hago mucho reparo en esta; la otra, porque no podemos ir sin licencia del rey nuestro señor.»—Dijo el alcaide de los Donceles: «Eso es lo menos; porque sin ella podemos ir de secreto.»—«Pregunto, dijo D. Juan Chacon: ¿si la reina Sultana escribiera á uno de los que estamos aquí, pidiendo favor y ayuda en una necesidad como la que tiene, y que quiere ser cristiana, aunque aventure la vida, dejaria de ir á la batalla?»—Respondieron todos, que mil vidas que cada uno tuviera, las emplearia en un caso tan honroso. Muy alegre con la respuesta metió la mano en el pecho D. Juan Chacon, y sacó la carta diciendo: «Por esa vereis como me hace cargo la reina de la satisfaccion de su honor, y me pesa de que en particular me señale, habiendo en esta corte tanta flor de caballeros. Avisé de ir con otros tres caballeros si los hallo, y si no iré solo á tener batalla con los cuatro moros, que yo confío en Dios y en la inocencia de la reina, que alcanzaré victoria; y si la fortuna me fuere adversa y muriere en la batalla, yo la tendré por dichosa muerte.» Habiendo leído la carta de la Sultana los tres caballeros, y viendo

como decía en ella que quería ser cristiana, y de la deliberada determinacion del señor de Cartagena, dijeron que ellos le acompañarian en aquella ocasion; y así ordenaron de partirse sin licencia del rey, y sin dar cuenta á nadie. El andaluz, astuto guerrero, alcaide de los Donceles, dijo que sería bien que fuesen en trage turquesco, porque en Granada no fuesen conocidos de algunas personas, especialmente de los cautivos. Todos dijeron que era acertado aquel parecer; y así aderezaron ricas libreas á lo turco, y previniéndose de armas y caballos, y de todo lo necesario para su viage, partieron de Talavera sin escuderos por ir mas encubiertos; dejaron dicho en sus posadas que iban á montería. En todo el camino no entraron en poblado: en campaña dormian, y en las ventas compraban su menester; y así llegaron á la Vega dos dias antes que se cumpliese el plazo, y entraron en el Soto de Roma, donde con quietud descansaron todo un dia, y estuvieron la noche á orilla del fresco Genil; y la mayor parte de ella trataron del orden que habian de tener para conseguir el efecto de aquella batalla. Venida la mañana, alegres se alistaron para ir á Granada, y se pusieron sobre las fuertes armas las vestiduras turquescas; y subiendo en sus caballos salieron á lo raso de la Vega, por donde se iban poco á poco acercando á Granada, mirando á todas partes, y alegrándoles su muy hermosa vista, y la diversidad de riberas, huertas, cármenes y jardines, que les parecia un paraíso terrenal. Y no

se admire el lector del encarecimiento, porque puede creer que no hay maceta de claveles ni de albahaca regalada y cultivada en casa de los señores, como los moros tenían cada palmo de tierra, aun en los cerros, como hoy día aparecen muchas ruinas; y así les producía la tierra que era maravilla; y puede considerarse su mucha fertilidad, porque un año antes que se ganara Granada, sustentaba ciento y ochenta mil hombres de pelea, sin viejos, niños y mugeres. Yendo, pues, los famosos caballeros á Granada, atravesando por la Vega dieron en el camino de Loja, por el cual vieron venir muy apriesa á un caballero moro, que parecía ser de valor por su buen talle y librea. Era la marlota de damasco verde con muchos tejidos de oro, y plumas verdes, blancas y azules. En medio de la adarga blanca estaba pintada un ave fenix, puesta sobre unas llamas de fuego, y una letra en círculo que decía: *Segundo no se halla*. El caballo era bayo, cabos negros, y en la gruesa lanza puesto un pendoncillo verde y rojo. Parecía tan bien el moro, que dió grandísimo contento su vista á los caballeros, y le aguardaron á que llegase, y en llegando les saludó en arábigo, y el alcaide de los Donceles le respondió en el mismo language. El moro detuvo su priesa, y mirando la buena postura y talle de los cuatro caballeros, les dijo así: «Aunqué la priesa que llevo es grande, y la gravedad de mi cuidado no requiere dilacion, el deseo de saber, si gustais de decir quién sois, me obliga á detener las rien-

das, porque caballeros como vosotros son muy peregrinos en esta tierra, y no solemos ver semejantes galas sino es en caballeros ó embajadores que vienen de la parte del mar Libico á tratar algo cón el rey de Granada, aunque es verdad que no traen el apercebimiento de armas que parece teneis debajo de las marlotas, ni caballos tan ligeros de guerra; y si gustais de que vamos juntos, seré contento en llevar tan buena compañía, y no me negueis quien sois, por lo que debeis á ley de caballeros.» Don Juan Chacon le respondió en turquesco, que eran de Constantinopla. Pero el deseoso moro no le entendió, y así dijo: «No entiendo esa lengua, hablad en arábigo pues sabeis.» Entonces respondió el alcaide de los Donceles en algarabía: «Nosotros somos de Constantinopla, de nacion Genizaros, y tenemos sueldos del Gran Señor cuatrocientos de nosotros que estamos de guarnicion en Mostagán; y como tenemos noticia de que en estas fronteras hay muchos cristianos de admirables fuerzas, venimos con intencion de probar las nuestras con las suyas, aunque nos han certificado de que recibís notables daños cada día de ellos. Desembarcamos en Adra, y andamos mirando esta vega, que es la mejor que hay en el mundo, á nuestro parecer; y entendiendo de hallar algunos cristianos para escaramucear con ellos, no hemos topado ninguno; y así vamos á ver la nombrada y gran ciudad de Granada; y besaremos las manos al rey, y luego nos volveremos á embarcar en nuestra fragata, y nos iremos la

vuelta de Mostagan; esta es la verdad de lo que habeis preguntado. Y pues ya habeis satisfecho vuestro gusto, nos le dareis en decirnos quien sois, que no menos deseo tenemos de saberlo, que el que vos manifestásteis tener de saberlo de nosotros.»—«A mi me place, dijo el moro, de daros cuenta de lo que me pedis; pero caminemos, y en el camino os daré larga cuenta de lo que deseais saber.»—Vamos, dijo D. Alonso de Aguilar; y diciendo esto caminaron muy apriesa, y el enamorado Gazul comenzó á contar su historia en esta manera: «Sabed, señores caballeros, que á mí me llaman Mahomad Gazul, que soy natural de Granada y vengo de Sanlucar, porque allí está la prenda mas querida y mas amada que tengo en esta vida; mi hermosa dama, llamada Lindaraja, del linage de los nobles caballeros Abencerrages. Ausentóse de Granada respecto á que el rey de ella mandó que saliesen desterrados los Abencerrages, sin culpa, habiendo ya degollado á treinta y seis caballeros de ellos, que eran la flor de todo el reino. Esta fue la causa que movió á mi señora á salir de Granada; y se fue á Sanlucar en casa de un tio suyo, y yo la acompañé. Con la vista de mi señora vivia contento, y ahora no lo estoy. Supe en Sanlucar como los Abencerrages se habian tornado cristianos y servian al rey D. Fernando, y que en Granada habia grandes alborotos y guerras civiles, y la reina Sultana estaba presa en juicio de batalla; y como soy de su parte y todos los de mi linage, vengo para ser uno de los cuatro caballeros que han de

defender á la reina, siendo hoy el postrero dia del plazo; y por tanto demos priesa porque no llegue yo tarde, y con esto he cumplido mi promesa, y os he dicho el hecho de la verdad.»—

«Por cierto, señor caballero, dijo D. Manuel Ponce, que nos habeis admirado, y á fe de caballeros, que me holgaria que la señora reina quisiese que nosotros cuatro fuésemos señalados para su defensa, que por su alteza hiciéramos todo lo posible hasta perder las vidas.»—«Pluguiése al santo Alá que en vuestros brazos poderosos pusiera la restitucion de su honra la reina, que bien entiendo que estaba segura la victoria, y tengo de hacer las diligencias posibles para que os señalen, aunque he oido que no quiere encomendar la reina su causa á moros, sino á cristianos.»—«Cuando eso sea, dijo D. Manuel Ponce, no somos moros, sino turcos; de nacion genizaros, hijos de cristianos.»—«No decís mal, respondió Gazul, que por esta via seria posible que la reina os escogiese para su defensa.»—

«Dejando esto aparte, dijo D. Juan Chacon, señor Gazul, ¿qué caballeros cristianos son los de mas fama, y que mas daño hacen en este reino?»—Respondió Gazul: «Los que nos corren la Vega muy á menudo, y á quien temen los fronterizos de esta comarca, son D. Manuel Ponce de Leon, y á D. Alonso de Aguilar, y á Gonzalo Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, y á Portocarrero, y á D. Juan Chacon, y al gran maestro. Estos caballeros son asombro de esta tierra, y sin aquestos hay otros muchos caballe-

ros en la corte del rey D. Fernando, que nos destruyen por momentos.»—«Mucho nos holgáramos de vernos con esos caballeros, dijo D. Alonso de Aguilar.»—«Pues á ley de moro hijodalgo, respondió Gazul, que habíais de hallar un Marte en cada uno de los ya nombrados, y en Granada os contaré cosas que han hecho, que os pongan espanto.»—«Mucho nos alegraríamos de oirlas, por tener que contar en nuestra tierra,» dijo D. Manuel, y caminaron apriesa. Dejaremoslos hasta su tiempo, por tratar lo que pasaba en la ciudad de Granada á esta sazón.

## CAPITULO XVI,

*en que se da cuenta de la batalla que se hizo entre los cuatro caballeros cristianos y los cuatro moros sobre la libertad de la reina, y cómo vencieron los cristianos y mataron á los moros, y cómo la reina fue libre; y de otras cosas más.*

Con grande tristeza estaba la noble ciudadana gente de Granada, porque se habia cumplido el término á la reina Sultana; y sentian mas la pena, porque no habia señalado quien hiciese la batalla contra los acusadores; y asi muchos caballeros fueron á suplicar al rey, que la volviese en su gracia, pues estaba sin culpa; y se echaba de ver su inocencia en que en los términos que se le habian dado no habia señalado caballeros que volviesen por ella; y que no diese

crédito á los Zegríes, pero no aprovechaban sus ruegos, porque estaba pertináz, inducido de los falsos acusadores Zegríes para que su mentira fuese adelante; y así daba por respuesta, que de no dar defensores aquel día, que al siguiente se ejecutaría la sentencia de la reina; y mandó que se hiciese en la plaza de Vivarrambla un teatro donde estuviese la reina, y los jueces que habian de determinar su causa: los cuales fueron Muza, y un Azarque, y otro Almoradi; y deseaban buen suceso en aquel caso, y tenían presupuesto de hacer por la reina todo lo que pudiesen. El tablado fue todo enlutado, y los jueces sabieron al Alhambra para traer á la reina á la plaza, al sitio de la lid, y con ellos fueron muchos caballeros para venir acompañando á la reina. Los Almoradis, Almohades, Aldoradines, Gazules, Venegas, Alabeces y Marines querían quitar á la reina, y darle de puñaladas al rey y quemarle la casa; pero fueron aconsejados que no hiciesen tal, porque aunque salvaran la vida á la reina, su honra quedaba manchada y oscurecida, y era argumento de verificación; porque diría el vulgo loco, que porque estaba culpada, y saber de cierto que la habian de condenar á muerte, no consintieron que se hiciese batalla, y era en favor de los acusadores haciendo su mentira verdad. Fue muy eficaz esta razon para que desistiesen de su propósito, confiando en que la bondad y sencillez de la reina la habian de librar. Pues entrando los jueces en el Alhambra no los dejaba pasar adelante el rey Mulahazén dicién-

do que no habian de llevar á la reina para ponerla en acusacion. Muza y los demas caballeros le dijeron, que era conveniente al honor de la reina poner su causa en juicio, porque por aquella via quedaba su honor limpio; y de no dar licencia que la llevasen, quedaria probada la causa, y los Zegríes con su intencion. El rey preguntó si tenia la reina caballeros que la defendiesen; Muza dijo que sí, y que cuando no los hubiera, él mismo en persona haria la injusta batalla. Con esto dió licencia para que entrasen; y asi Muza y los dos jueces entraron, quedando todos los demas fuera del Alhambra: y llegando Muza á donde estaba la reina, la halló hablando con Celima sin ninguna pena de lo que aguardaba, que bien sabia que no tenia mas de aquel dia de plazo; pero confiada en D. Juan Chacon, estaba sin ninguna congoja, y tambien porque si no venia D. Juan Chacon, y ella fuese sentenciada á muerte, en morir cristiana llevaria mucho gozo, porque empezaria á vivir para siempre, y con esto estaba la mas alegre y contenta que se podia imaginar. Mas asi como vió á Muza acompañado de aquellos caballeros que con él venian, luego presumió á qué era su venida, con la cual sintió alguna turbacion y pesadumbre, y con ánimo varonil hizo en esto la resistencia que pudo; porque no se entendiera su flaqueza. Muza y los caballeros, asi como vieron á la reina y á Celima, hicieron el debido acatamiento, y dijo Muza: «Grande ha sido el descuido que vuestra alteza ha tenido en nombrar caballeros, siendo

hoy el último dia que teneis de plazo: ¿qué determinais?» — «No tengais pena, dijo la reina, que yo confio en Dios que hoy se ha de saber la verdad de mi sincero pecho, y que no han de salir con su mala intencion los falsos acusadores, y que tengo de triunfar de ellos; y cuando Dios se sirva que por mis pecados sean vencidos mis defensores, y en mí sea ejecutada la sentencia que contra mí se ha pronunciado, yo partiré contenta de esta vida mortal para gozar de la eterna.» Muza no entendió el secreto de las palabras, y así dijo: «Yo he querido que siga aqueste juicio de vuestra alteza por justicia, por causa de algunas presunciones de gente ignorante y de poca esperiencia, aunque debeis mucho á todos, porque cada uno siente vuestra pena como si fuera suya propia; y porque se acrisole y apuremas el oro de vuestra castidad, y porque sean castigados los traidores que la han deslustrado. Así, señora, sabed que venimos por vuestra alteza estos caballeros y yo, que somos jueces de vuestra causa; y todos siervos vuestros, y haremos lo que debemos. Podréis luego señalar caballeros, que cien mil hay que os desean servir en esta ocasion tan honrosa. Vuestra alteza venga á la plaza y Zelima tambien, porque haya buen suceso.» — «Vamos, dijo la reina, y venga conmigo Esperanza, que es mucho el amor que la tengo, y ha sentido mucho mi afrentosa prision y tristeza, y será bien goce del contento, como confio en el poderoso Dios que nos le ha de dar con el triunfo de la victoria»; y diciendo esto se entraron todas en el

el retrete y se vistieron de negro, y en saliendo del aposento dijo la angustiada reina al valeroso Muza: «Mucho contento recibiré en que si mi desdicha fuere tanta, que mis valedores sean vencidos, que todo lo que hay mio en este aposento se le dé á Esperanza, y libertad, porque esta es mi última voluntad por lo bien que me ha servido.» No pudo sufrir la reina las lágrimas, diciendo estas palabras; y lloraba con tanta tristeza y dolor de su afecto, que movió los varoniles pechos á acompañar su llanto; y dándole Muza la mano salieron fuera del Alhambra adonde estaba una litera, y entraron dentro de ella la reina, Celima y Esperanza. Allí estaban para ir la acompañando, vestidos de luto, muchos caballeros de los Alabeces, Gazules, Aldoradines, Venegas, Almohades, Marines, y otros muchos linages, y debajo de las marlotas y albornocés negros llevaban muy fuertes armas, con intento de romper aquel día con los Zegríes, Gomeles y Mazas; por si fuese necesario; y si no fuera por la botra de la reina, sin duda aquel día se perdiera Granada. Y así recelosos los Zegríes, Gomeles, Mazas, y los de su bando llevaban armas fuertes debajo de sus marlotas y alquifas por si sus contrarios les quisiesen acometer. No se vió jamás Granada en sus guerras y trabajos tan á pique de perderse como aqúeste día; pero quiso Dios que sin escándalos ni guerras se acabase aquel negocio. En llegando á la calle de los Gomeles salían á los balcones y ventanas dueñas y doncellas llorando amargamente á la desventura.

da reina; de suerte que á sus llantos y gritos se movió toda la ciudad á compasion, y maldecian al rey y á los Zegries á grandes voces. De esta manera entró la litera en la calle del Zacatin, donde mas se aumentaron los sollozos, suspiros y vocería. Llegada la caballería y la reina á la plaza, fue puesta la litera junto al tablado. Muza y los otros dos jueces sacaron á la desconsolada reina Sultana, á Celima y á Esperanza de Hita, y las subieron al enlutado tablado por unas ventanas de una casa, y en el tablado habia un estrado de paños negros y bastos. Allí se sentó la reina muy afligida y llorosa, por ver que en pública plaza habia de ser juzgada, y junto á ella sentó á Celima, y á sus pies á Esperanza de Hita; allí fueron los llantos, allí fueron los gritos de hombres, niños, damas y doncellas, que no pudieran ser mayores los de Roma y de Troya cuando se veian quemar sin tener remedio. Todas las ventanas, balcones y azoteas estaban llenas de gente, y en la plaza habia grandísima multitud, y todos no cesaban de llorar y de hacer gran sentimiento viendo las lágrimas que derramaba la reina, su doncella y su esclava. A un lado del tablado en otro estrado se sentaron los jueces para juzgar la causa, y de allí á poco espacio se oyeron veinte trompetas de guerra, y mirando lo que era vieron venir á los cuatro acusadores de la reina que venian armados y puestos á punto de batalla, y en muy poderosos caballos. Traian sobre las armas marlotas verdes y moradas, pendoncillos y plu-

mas del mismo color. Traían en las adargas unos sangrientos alfanges con una letra en torno, que decia: *Por la verdad se derrama*. De aquesta forma llegaron los cuatro mantenedores de la maldad, acompañados de los Zegríes, Gomeles y Mazas, y de todos los demas de la parcialidad, hasta llegar á un grande y espacioso palenque que estaba hecho junto al tablado. Era tan grande como una carrera de caballo, y muy ancho; y abierta una puerta del palenque entraron los cuatro caballeros acusadores, que eran Mahomad Zegrí, el caudillo de la traicion, Hamete Zegrí, Mahandon Gomel y Mahandin. Asi como entraron tocaron de su parte muchos instrumentos. Todos los de este bando se pusieron al lado izquierdo del tablado, porque al derecho estaban los caballeros deudos de la reina. Estaban todos aguardando á ver á quién habia de nombrar la afligida reina; y visto que desde las ocho de la mañana estaban allí, y que eran ya las dos de la tarde y no habia señalado defensores, ni parecia ninguno, estaban todos con grande pena, y no sabian cuál era el pensamiento de la reina, pues tan descuidada estaba en un negocio que no le importaba menos que honra y vida; y no menos pena tenia la reina viendo que era tan tarde y no habia venido D. Juan Chacon, en quien, despues de Dios, tenia esperanza de su libertad, y no entendia qué causa le hacia faltar á la palabra dada. Malique Alabéz y un Aldoradin, y otros dos caballeros se llegaron al tablado, y dijeron en alta voz: «Si gusta la rei-

na de que la sirvamos en esta ocasion, dé licencia que la defendamos y lo pondremos por obra.» A lo cual respondió la reina, que ella lo agradecía, y que queria esperar otras dos horas; y que si no viniesen ciertos caballeros que tenia prevenidos, que ella aceptaba la oferta; y así se retiraron á sus puestos. Pero no pasó media hora cuando se oyó un gran ruido y alboroto, al cual mirando toda la gente vieron entrar por la plaza cinco caballeros muy galanes, los cuatro vestidos á lo turquesco y el otro á lo moro, el cual fue conocido de todos que era Gazul: á los demas tuvieron por estrangeros, y así concurría toda la gente á ver los forasteros. Los parientes de la reina y los demas caballeros le daban la bienvenida á Gazul, y en particular sus deudos, y le preguntaban todos si conocia aquellos caballeros que con él venian. Y él respondió que no, sino que en la Vega se habian juntado. Y con aquesto llegaron al cadalso donde estaba la reina Sultana y los jueces, los cuales deseaban saber la causa de su venida; y llegados miraron á la triste reina, y les quebró el corazon verla en tan miserable estado; y mirando toda la plaza vieron el gran palenque, y dentro de él á los acusadores de la reina; y espantados de la mucha gente que habia, dijo D. Juan Chacon en turquesco á los jueces si podia hablar á la reina dos palabras. Los jueces dijeron que no le entendian, que hablase en arábigo, y él lo dijo en algarabía; y Muza respondió que sí; que subiesen. D. Juan subió al tablado, y haciendo su acatamiento á

los jueces se fue á la reina, y hecha la reverencia, habló alto que los jueces lo entendieron, diciendo: «Con la procela del océano, reina y señora, fuimos arribados al mar de España, y desembarcamos en Adra, y venimos con intento de escaramucear con algunos cristianos, y buscándolos en la Vega no encontramos ninguno; y viniendo á ver esta ciudad nos alcanzó en el camino un caballero moro, y nos dió cuenta del desastrado estado de vuestra alteza, y cómo no teníais caballeros nombrados para vuestra defensa; y que no quereis que vuestra causa defiendan moros, sino cristianos. Yo y mis compañeros somos turcos genizaros, hijos de cristianos, y doliéndonos de vuestra contraria y adversa fortuna, movidos de piedad de vuestra inocencia, venimos á ofrecernos para hacer esta batalla; y si vuestra alteza nos quiere admitir, yo os prometo á ley de caballeros, por mí y en nombre de mis compañeros, que haremos en este negocio todo lo que pudiéremos.» Cuando decía esto D. Juan Chacon; tenía en la mano la carta de la reina, y al descuido la dejó caer en sus faldas, sin que se reparase en ello por los jueces; y cayó el sobrescrito hacia arriba. La reina pidió á Celima que con recato le diese aquel papel; ella se alzó, y se lo dió; y luego conoció su letra y advirtió el secreto, y con disimulacion miró á Esperanza de Hita; que estaba divertida mirando á D. Juan Chacon; y volviendo la cabeza á mirar á la reina, ambas se entendieron mirándose la una á la otra; y maravillada la rei-

na de su traje y disfraz, respondió á D. Juan Chacon: «Yo he estado aguardando hasta ahora á cierto caballero que me dió palabra por letra suya, de estar hoy aqui con otros tres caballeros; y pues ya es tarde, y vos, noble caballero, quereis tomar este cuidado á vuestro cargo y de vuestros compañeros, yo lo agradezco mucho.» D. Juan replicó y dijo: «Yo, señora, me prefiero á hacer lo que ese caballero, y no le reconozco ventaja; ni es mejor que yo; ni los tres caballeros que habia de traer no escederán en cosa alguna á los que vienen conmigo: sed cierta de esto, señora, y dadnos licencia.»—«Yo la doy, dijo la reina, y creedme, virtuoso caballero, que no debo cosa ninguna en obra ni en pensamiento de lo que se me imputa, y así pelearéis seguros.» D. Juan dijo á los jueces que advirtiesen lo que la reina decia. Lo cual oido por los jueces mandaron que se escribiese aquel auto y lo firmase la reina: firmó, y haciendo el acatamiento debido á la reina, se bajó del tablado D. Juan Chacon, y subiendo en su caballo dijo á sus compañeros: «Señores, nuestra es la batalla, empecémosla antes que sea mas tarde.» Los caballeros de la parte de la reina rogaron á los defensores que hiciesen todos sus poderíos, como de tan buenos caballeros se esperaba; lo cual ellos prometieron, y así con toda la caballería los llevaron en medio, paseándolos y dando vuelta por toda la plaza al son de muchas chirimías, añafles y dulzainas. Entraron en el palenque los caballeros cristianos, y recibiendo los pleito ho-

menage de que en aquel caso, harian el deber, cerraron la puerta. En todo este tiempo no quitaba la vista Malique Alabéz de D. Manuel Ponce de Leon; porque le parecia haberle visto, y no se acordaba dónde, y decia entre sí: «Válgame Alá; y qué traslado es aquel caballero turco de D. Manuel Ponce de Leon; pero no es él, porque es turco, y él es cristiano»: miraba el caballo, y conoçiale por haberle tenido en su poder. Asi andaba confuso, si era ó no, y llegándose á un caballero Almoradí, tio de la reina, le dijo: «Si el caballero del caballo negro es el que imagino, cierta está la libertad de la reina.» El caballero Almoradí dijo: «¿Quién es? ¿Conocéisle por ventura?» — «Yo os lo diré después, veamos ahora cómo le va en la batalla.» Diciendo esto, miraron á los caballeros, los cuales descubrian los escudos que eran muy fuertes y relucientes. Ahora, pues, será bien tratar de qué colores eran las ropas turquescas. Eran todas de paño fino de color celeste, guarnecidas con franjones de oro y plata: los albornoces eran de seda azul. Llevaba cada caballero un turbante de toca de seda, listada de oro, y hecho de unas lazadas curiosas. En la parte de arriba del bonete en la punta, puesta una media luna de oro. Los pendoncillos de las lanzas eran azules, y en ellos las armas de sus escudos, porque D. Juan Chacon llevaba en su pendoncillo una flor de Lis de oro, y en el escudo en un cuartel de sus armas un lobo en campo verde, el cual parecia despedazar un moro. Encima del lobo habia un campo azul, y en

él una flor de Lis de oro, y una letra que decía: *Por su mal se devora*, significando que aquel lobo se comía aquel moro por el testimonio que á la reina habia levantado. D. Manuel Ponce llevaba en su escudo el leon de sus armas en campo blanco, y leon dorado: no quiso aquel dia poner las barras de Aragon. El leon tenia entre las uñas un moro que estaba despedazando, y una letra que decía de esta suerte:

*Merece mas dura muerte  
quien va contra la verdad,  
y aun es poca crueldad  
que un leon le dé la muerte.*

El pendoncillo, que era azul, llevaba un leon de oro. D. Alonso de Aguilar no quiso aquel dia poner ningun cuartel de sus armas, por ser muy conocidas: puso en su escudo un águila dorada en campo rojo, las alas abiertas como que volaba al cielo, y en las fuertes uñas llevaba una cabeza de un moro bañada en sangre, que de las heridas de las uñas le salia. Esta divisa del águila puso D. Alonso á memoria de su nombre. Llevaba una letra, que decía de esta suerte:

*La subiré hasta el cielo,  
porque dé mayor caída,  
por la maldad conocida  
que cometió sin recelo.*

Asimismo llevaba en el pendon de la lanza este bravo caballero el águila dorada, como en el escudo. El alcaide de los Donceles llevaba por divisa en su escudo en campo blanco un estoque, los filos sangrientos, la cruz de la guarnicion era

dorada; en la punta del estoque tenía clavada una cabeza de un moro goteando sangre; con una letra en arábigo que decía de esta suerte: *Por los filos de la espada quedará con claridad el hecho de la verdad; y la reina libertada.*

Muy maravillados quedaron todos los caballeros circunstantes; así los de la una parte, como los de la otra, en ver la braveza de los cuatro caballeros, y mas en ver las divisas de sus escudos, por las cuales conocieron claramente que aquellos caballeros venían al caso determinadamente y con acuerdo; pues las divisas y letras de sus escudos lo manifestaban, y que la reina los tenía aperecidos para su defensa; y se admiraban grandemente de que en tan pocos días vinieran de tan lejas tierras; pero considerando que por la mar pudieran haber venido en aquel tiempo; con esto no curaron mas de inquirir ni saber el cómo y cuándo, sino ver el fin de la batalla. El valeroso Muza y los otros jueces se admiraron de ver aquellas divisas; y para gozar mejor de verlas pidió Muza un caballo, y subiendo en él se entró en el palenque, y mandó á un criado que le tuviese allí una lanza y una adarga, por si fuera menester. Los dos jueces se estuvieron con la reina; la cual decía: «Esperanza, dime, ¿conociste á aquel caballero que subió á hablarme?» — «Sí, señora, aquel es D. Juan Chacon, que aunque viniera mas disfrazado, no dejara de conocerle.» — «Ahora digo, dijo la reina,

que es cierta mi libertad; y el vengarme de mis  
 eneigos. Malique Alabéz, y el animoso Gazul,  
 y otros muchos caballeros, parientes y amigos  
 de la reina, se pusieron alrededor del tablado, y  
 por lo que se ofreciese. A este tiempo el alcaide  
 de los Donceles empezó á picar á su caballo, y  
 lozaneando se fue adonde estaban los caballeros  
 acusadores, y llegando á ellos, les dijo en alta  
 voz: «Decid, caballeros, ¿por qué tan sin razón  
 habeis acusado á vuestra reina y señora, y ha-  
 beis puesto dolo en su honra?» Mahomad Zegri  
 le respondió: «Acusámosla por ver con nuestros  
 ojos cometer el delito de adulterio, y volviendo  
 por la honra de nuestro rey, le manifestamos.»  
 El valeroso alcaide, lleno de cólera, le respondió:  
 «Cualquiera que lo dijere, mienta como villano,  
 y no es caballero; y pues estamos en parte don-  
 de se ha de saber la verdad, aporcibíos al mo-  
 mento todos los traidores á la batalla, que hoy  
 habeis de morir confesando lo contrario de lo  
 que teneis dicho.» Y diciendo esto D. Diego Fer-  
 nandez de Córdoba, terció con presteza su lan-  
 za, y con el encuentro de ella le dió al Zegri tan  
 terrible golpe en los pechos, que sintió bien la  
 fuerza de su brazo; y quedó lastimado; y si fue-  
 ra el golpe con el hierro, no hay duda sino que  
 de él muriera. El Zegri afrentado por ver que  
 estaba desmentido y ofendido con el golpe, re-  
 volvió su caballo; y fue á herir al alcaide, el cual  
 como hombre experimentado en la guerra, y en  
 escaramuzas, se retiró á un lado, y revolviendo  
 sobre el moro que á él tenía, comenzaron una

trabada escaramuza. Y visto esto, los trompete-  
 ros tocaron los instrumentos, haciendo señal de  
 batalla, á la cual se movieron los demas caba-  
 lleros, los unos contra los otros con gran furia.  
 A D. Manuel le cayó en suerte Alí Hamete, á  
 D. Alonso, Mahandon; y á D. Juan Chacón le to-  
 có el fuerte Mahandin. Reconociendo cada uno  
 su contrario, comenzaron una muy sangrienta  
 batalla, mostrando cada uno su gran valor. Los  
 moros eran muy valientes; pero poco les aprove-  
 chaba su valor, porque lidiaban con lo mejor  
 de Castilla; y así andando escaramuceando con  
 admirable braveza, y dándose lanzadas por las  
 partes que podian, D. Juan Chacón fue herido  
 en un muslo, de donde le salia abundancia de  
 sangre; el cual como se sintió herido en los pri-  
 meros encuentros, y que su contrario salió libre  
 sin que llevase otra herida en recompensa, en-  
 cendido en cólera y saña furibunda aguardó á  
 que volviese á segundarle otro golpe, que enton-  
 ces le embestiria con toda su furia, y sucedió de  
 la misma manera que lo imaginó, porque el mo-  
 ro muy ufano y gozoso, como sintió que le habia  
 herido, volvió al cebo para tornar á picar en él,  
 diciendo con grande algazara: «Ahora sabreis,  
 turcos, si hay moros granadinos que puedan pe-  
 lear y resistir á todos los caballeros del mundo»;  
 y diciendo esto se venia á D. Juan, el cual esta-  
 ba sobre el aviso; y viéndole venir derecho y con  
 tanta fuerza, apretó las piernas al caballo, y con  
 valor y furia estraña embistió al esforzado moro,  
 y se encontraron los dos caballeros tan fuerte-

mente, que parecia haberse juntado dos montes, segun la braveza y furia con que se acometieron. El caballo de D. Juan Chacon era mas fuerte y furioso que el del contrario; y asi se paró despues de haberle encontrado; y el del moro no se pudo tener, y se cayó de ancas. El moro fue herido muy malamente del bote de la lanza que le dió el valiente D. Juan; mas no tan á su salvo; que no quedase con una pequeña herida, y que si entrara mas el hierro, tuviera mucho peligro, por ser en el hueco del costado; pero no fue casi nada, porque no encarnó el agudo hierro. El bravo moro se puso en pie con muy grande presteza, y echando mano á su alfange se vino derecho á desgarrar el caballo de D. Juan para que le derribase, y él tuviese lugar de herir á su salvo á D. Juan; y aunque pudiera el noble cristiano alancear al moro, por tenerle tanta ventaja de estar á caballo y tener enristrada la lanza, no quiso dar nota de sí, que se pudiera decir que peleaba con tantas ventajas; y asi no le esperó á caballo, sino saltó de él con grande ligereza, y desechando la lanza, puso mano á su espada; y embrazando el escudo se estuvo afirmado, aguardando á su enemigo; el cual llegó, y entre los dos valerosos guerreros comenzaron de nuevo una batalla tan reñida, que causaba grima ver las centellas que saltaban de los escudos; de la cual refriega sacó el moro dos pequeñas heridas; y apartándose un poco para cobrar aliento, volvió á embestir D. Juan Chacon como se vió acometer de aquella suerte, confiado en su fuerza,

y viendo tan cerca al moro, le tiró un golpe de revés, que le cortó el adarga, y le hirió mortalmente en el hombro; y por muy poco cayera, porque le quitó el sentido: lo cual visto por el valiente D. Juan, arremetió á él, y le dió un encuentro con el escudo, que desahogado de sus fuerzas cayó en tierra el moro; y luego le dió una cuchillada que le dividió una pierna de su lugar; y viendo que habia alcanzado victoria de su enemigo, alzó los ojos al cielo, y dió gracias á nuestro Señor Jesucristo; y tomando un trozo de lanza, se afirmó á él, porque le daba gran dolor la herida del muslo; y arrojándose á una parte del palenque, se puso á mirar la batalla. Luego tocaron los músicos instrumentos de la reina, en reconocimiento del vencido moro, lo cual puso grande ánimo á los tres cristianos, y cobardía á los moros, y perdieron la esperanza de la victoria con tan mal presagio; y mas cuando vieron dar en una ventana muy grandes gritos, y hacer tristes llantos, y quien los daba era la muger y hermanas de Mahardin, viendo que con angustias mortales se revolcaba en su sangre. Los Zegries mandaron que se quitasen de allí aquellas mugeres, porque no fuesen sus llantos causa de desmayo en los tres mantenedores del testimonio. Los seis caballeros se combatian con tanta ferocidad, que parecía que en aquel instante empezaba la batalla, haciendo tanto ruido y estrépito, que parecía que peleaban cincuenta caballeros. D. Juan con sentia mucho dolor de sus heridas, en particular del muslo, como ya se habia enfriado; y

subiendo en su caballo se puso á considerar si iria á ayudar á sus compañeros, ó á curarse, y no se determinó á ninguna de las dos cosas por no ser notado; y así acordó de esperar el fin de la batalla, porque bien sabia que no duraría mucho, por dos razones; la una por la satisfacción que tenia en el valor y fortaleza de sus compañeros; la otra, porque peleaban con justicia y razón, y defendian la verdad; y así de necesidad los habia de favorecer la fortuna. Peleando, pues, los caballeros con un ánimo admirable, el enojado Mahandon, como vió á su querido hermano Mahandin tendido en el suelo, lleno de sangre, y hecho pedazos, con el dolor tan grande que sentia, dijo á D. Alonso de Aguilar. «Permitid, señor caballero, que vaya á tomar venganza de aquel que ha muerto á mi amado hermano, y luego concluiremos vos y yo nuestra batalla.» — «No trabajes en vano, dijo D. Alonso; fenece conmigo la batalla, pues tu hermano, como buen caballero, hizo lo que pudo; y no dudes de verte en el mismo estado que tu hermano está, porque la sangre de los nobles Abencerrages vertida sin culpa, y la inocencia de la reina estan pidiendo justa venganza contra los que quedais:» y diciendo esto le acometió con furia, y le hirió con la lanza en el costado, aunque no fue grande la llaga. Lo cual visto por el moro, revolvió contra D. Alonso, y colérico le arrojó la lanza. D. Alonso que la vió venir con tal presteza, por hurtar el cuerpo al furioso golpe, revolvió su caballo con ligereza; pero no tan

á tiempo, que no llegase primero la lanza, y entrándole por la una hijada del caballo, le salió á la otra mas de media vara. El caballo sintiéndose mal herido con la lanza atravesada, empezó á dar bufidos, brincos y corcobos, que no era bastante la dureza del freno para que se sujetase y estuviese sosegado; y visto que no aprovechaba su diligencia, y que por su desgracia se le podia seguir algun daño irreparable, determinó de arrojarle en el suelo, aunque se ponía en mucho peligro, por estar su competidor á caballo; y confiando en Dios nuestro Señor, se arrojó de la silla quedándose en pie con su espada en la mano aguardando á su enemigo. Grande contento y alegría sintió el bando de los Zegríes y Gomeles en ver el estrecho en que habia puesto su pariente al caballero extranjero, y en verle á pie le consideraban ya vencido; y como vió Mahandon á su contrario á pie, recibió mucho contento; y yéndose á él le dijo: «Ahora me pagaréis la muerte de mi hermano; pues me evitasteis de darla á quien se la dió á él.» Y arremetió con el caballo para atropellarle, y el alfange en la mano para herirle. D. Alonso de Aguilar era muy ligero, y se estuvo quedo, como que le queria aguardar; mas al tiempo que llegó dió un salto y se apartó, y Mahandon pasó de largo sin hacer efecto; y revolviendo otras tres veces, tampoco hizo nada. D. Alonso le dijo: «Desciende de aquese caballo, si no quieres que te le mate, y te podrá suceder peor.» Al moro le pareció buen consejo, y asi se apeó; y embrazan-

do su adarga vino á D. Alonso, diciendo: «Por ventura me dísteis el consejo por vuestro mal.» — «Ahora lo verás; dijo D. Alonso, si te di el consejo, fue solo para darte cruel muerte, justamente merecida por el daño que de tu testimonio se ha seguido; y conviene que los traidores salgan del mundo.» Diciendo esto arremetió á Mahandon, y así entre los dos se comenzó una brava y dudosa batalla, porque ambos eran muy valientes y animosos caballeros. Anduvieron mas de media hora hiriéndose por las partes que podian, y cada uno muy deseoso de vencer á su contrario: D. Alonso muy enojado, y quasi corrido en ver que le duraba tanto su contrario, se acercó á él: todo lo mas que pudo, y alzando el brazo hizo señal de quererle herir en la cabeza: el moro acudió al reparo para recibir el golpe con la adarga; pero salióle incierto su reparo, porque no ejecutó el golpe en la cabeza; sino que rebatiendo la mano le hirió en el muslo izquierdo de una mala herida, que le cortó gran parte del hueso. El valiente moro que se halló burlado y tan malamente herido, descargó un tan desahogado golpe encima del bonete de D. Alonso, que el águila fue partida por medio; y rompiendo bonete y casco fue herido de una pequeña herida, aunque sintió mucho tormento en la cabeza, porque quedó como sin sentido y aturdido del fiero golpe; y si no fuera de tan animoso corazón, no hay duda sino que cayera en tierra sin dificultad ninguna, y consiguiera su enemigo la deseada victoria: mas como era de corazón

fuerte, y nunca se dejó rendir de los trabajos, cobrando el cuerpo aquel ánimo de su corazón bizarro, y considerándose en cierta manera afrentado por ver que un golpe le había descompuesto su sentido; y encolerizado por verse herido y su rostro ensangrentado, con una cruel furia incomparable le tiró una estocada tan recia, que la adarga ni jaco fuerte no podían resistir la grande violencia de la espada, sino que fue todo rompido, y le metió cuatro dedos dentro del pecho al soberbio Mahandon; y como le cogió ya desangrado de la que le salía por la herida del muslo, no tuvo fuerzas para poder pelear mas, y así cayó de espaldas. Así como D. Alonso vió caído á su contrario, arremetió con él para cortarle la cabeza, y poniéndole la rodilla en los pechos vió que estaba espirando; por lo cual no le quiso herir mas, y levantándose dió en su corazón infinitas gracias á Dios por la merced tan grande que le había hecho; y apretándose la herida de la cabeza con el turbante, se atajó la sangre; y mirando por su caballo le vió muerto, y fue á coger el de Mahandon, y subiendo en él se fue adonde estaba D. Juan Chacon, el cual le abrazó, dándole el parabien del vencimiento. A este punto los añafles y dulzainas de parte de la reina tocaron con grande alegría; lo cual causaba tristeza y melancolía á los Zegríes. Cesando la música miraron la batalla que los cuatro caballeros hacían, que era muy sangrienta. D. Manuel Ponce de Leon, y Alí Hamete Zegrí hacían su batalla á pie, respecto á que los caballos se les habían can-

sado y no podian concluirla como querian; y andaban muy listos procurando cada uno herir al otro por donde mejor podia: despedazábanse las armas y la carne con los duros filos de la espada y cimitarra, de lo que su sangre daba verdadero testimonio. D. Manuel tenia dos heridas y el moro cinco; pero no por eso se vió en él falta de ánimo ni fuerzas, y andaba con tanto ardid intentando por donde podria herir á su enemigo y quedarse él reservado, haciéndole muchos acometimientos. D. Manuel le iba contra todas sus malicias; porque ya le conocia el modo de pelear; y asi como vió que D. Juan y D. Alonso habian ya vencido á sus contrarios; y el alcaide de los Donceles andaba con el suyo muy revuelto y en punto de traerle á aquel estremo, cobró grande ira porque no concluia con su enemigo; y llegándose cerca de él le dió un golpe tan terrible en la cabeza, que, aunque acudió á repararle con la adarga, no soportó el todo sino alguna parte, y asi fue rota con el fino casco, y herido en la cabeza muy mal, y aun le quitó el sentido y dió de manos en tierra sin poderse valer; mas volviendo en si, temiéndose de su contrario, y de que no fuese causa aquella flaqueza para que su competidor se gloriase de conseguir la victoria, sacando fuerzas de pusilanimidad se levantó, procurando la venganza de la ofensa recibida, y levantando su cimitarra dió un desatinado y fuerte golpe en un hombro de D. Manuel y no hizo herida; pero la vida le costó el golpe al moro, porque D. Manuel le dió otra

junto á la que tenia en la cabeza, que desatinado cayó en tierra derramando mucha sangre, y luego murió. Los añafles de parte de la reina tocaron con mucha alegría por el buen suceso. D. Manuel subió en su caballo, y se fue adonde estaban D. Alonso y D. Juan, los cuales le recibieron muy alegremente diciendo: «Gloria á Dios, que os ha escapado de las manos de aquel pagano.» Quien en esta ocasion mirara á la hermosa reina Sultana, conociera muy claramente en su bello rostro la grande alegría que en su corazon tenia, viendo que se iban aniquilando sus enemigos, de lo cual á ella se le habia de seguir su libertad; y dijoles á Celima y á Esperanza de Hita: «Sabeis lo que veo, que si D. Juan Chacon tiene fama de valiente caballero y lo es, que sus tres compañeros no lo son menos que él; pues con tan sobrado valor han vencido á los mejores y mas valientes caballeros del reino de Granada.» — Esperanza la respondió: «¿No dije á vuestra alteza que D. Juan tenia muy principales amigos? Mirad si ha salido verdad lo que dije.» — «Dejemos estar eso, dijo Celima, no lo entiendan los jueces, y veamos el fin del caballero que queda, que yo entiendo que no tendrá menos poder que los tres vencedores;» y mirando la batalla vieron como andaba muy revuelto y encendido en la pelea, y aunque herido y cansado, no se vió en él punto de cobardía ni aun imaginacion. El valeroso moro proseguia la batalla con grande dolor y rabia, viendo muerto á su primo hermano y á los dos Gomeles, y él pues-

to en el mismo peligro, y así peleaba como hombre desesperado, considerando la infamia en que había incurrido, y mayor por no haber salido con su intento; y con la furia de un loco frenético daba tajos y reveses á diestro y á siniestro, y fuera de orden por si acertara á darle alguna herida penetrante, de la cual muriera el contrario; porque ya que él fuera vencido, como los otros tres de su parte, no quedaran tan triunfantes matando á alguno de ellos; y aunque peleaba con tan grande furia y braveza, no era menos la del valiente alcaide de los Donceles, porque estaba muy airado con su enemigo; y aun porque todos sus compañeros habían alcanzado el lauro y gloria del vencimiento, y estaban ya descansando, le parecia que empezaba de nuevo la batalla, siendo su enemigo de muy grandes fuerzas y astucias para pelear; y considerando que le miraban y que le debian de juzgar por menos que sus compañeros, pues no daba fin á la batalla, poniendo los ojos ensañados en su contrario, apretó con toda fuerza las espuelas al caballo, arremetió al Zegrí, y lo mismo hizo él; y así se embistieron con ánimo y furia increíble; y fue tan recio el encuentro de los caballeros, que sin remedio hubieron de venir al suelo los dos sin poderse herir el uno al otro; pero apenas fueron en tierra cuando estuvieron en pie, y se acercaron hiriéndose cruelmente, y experimentando cada uno las fuerzas del contrario, porque eran furiosos y desatentados los golpes que se daban, mostrando cada uno la fortaleza de su

brazo y el ánimo del corazón. Verdad es que el moro andaba mas orgulloso y ligero, y las heridas que daba casi no ofendian, por tener muy buenas armas el valiente alcaide; pero el golpe que el valeroso alcaide alcanzaba, rompía, cortaba y destrozaba tan fuertemente con la fortaleza de su brazo, que no daba golpe con la espada que no hiciese herida grande ó pequeña. Lo cual visto por el valiente Zegrí, con una rabia crecida, confiando en sus grandes fuerzas, arremetió al alcaide por venir con él á los brazos, el cual se alegró mucho, y así abrazados comenzaron á luchar dando muchas vueltas, y haciendo cada uno lo que podia por derribar á su contrario; pero cada cual echaba de ver el resto de sus fuerzas, y así ambos trabajaban muy en balde, porque no habia robles tan firmes como ellos. El Zegrí era de muy gran cuerpo y fuerzas, que parecia un jayan, y procuraba levantar de tierra á su enemigo para dar de golpe con él en el suelo, y por muchas veces que lo intentó, ninguna salió con su pretension, porque parecia que tenia echadas raices, y que era ponerse á arrancar un nogal de cuajo; de suerte que por mucha diligencia que hacia el Zegrí, era molerse en vano. Reconocido por el alcaide el mal pensamiento de su contrario, echó mano á un puñal buido, y dióle tres golpes por debajo del brazo izquierdo, y tales, que el moro dió grandes gritos sintiéndose mal herido de muerte, y sacando una daga le dió al alcaide otras tres heridas; mas como era ancha la daga no pudo

falsear las armas mucho, y asi fueron pequeñas. El valeroso alcaide le dió otra muy mala herida en la hijada izquierda, con la cual se acabó de rematar la sangrienta batalla, porque asi como le dió la última, sin poderse menear cayó en el suelo desangrándose por las penetrantes heridas; y al tiempo que el alcaide vió en tierra al contrario, fue de presto y le puso una rodilla en los pechos, y enarbolando el invicto brazo le dijo: «Date por vencido, y confiesa la verdad luego, y asi no te acabaré de matar.» El malvado Zegrí viéndose tan mal herido y á voluntad de su competidor, le respondió diciendo: «Ya no es menester darme mas heridas que las que tengo, porque esta postrera bastaba para echar del mundo á un tan gran traidor alevoso como yo; y pues me pedis, vencedor caballero, que declare la verdad, yo la diré: Sabrás que habiendo muerto algunos de mi linage los del bando Abencerrage, y á otros afrentado, y que tanto valian con los reyes que no nos podiamos vengar de ellos, ordené yo mismo que fuesen perseguidos todos los caballeros Abencerrages, y por mi traicion fueron muertos sin culpa; y la reina no debe cosa ninguna de lo que yo la levanté acerca del adulterio de que fue acusada: esta es la verdad; llegado he á punto de decirla, y no hay otra cosa sino lo que he dicho: de todo lo cual estoy muy arrepentido, por haber visto las desgracias y muertes que en este tiempo han sucedido, y por la afrenta grande en que se ha visto la reina no siendo culpada en ninguna cosa.» Todo lo que

el traidor Zegrí decia estaban oyéndolo muchos caballeros, asi del bando de la reina, como de los Zegríes; y para mas justificar la causa de la reina llamaron á los jueces para que oyesen todo lo que el Zegrí decia. Luego llegó el valeroso Muza, y los dos jueces que estaban en el cadalso bajaron, y entrando en el palenque tornó á referir el Zegrí lo dicho, y luego espiró. Al momento tocaron con grande alegría muchas chirimías y dulzainas con otros instrumentos músicos por victoria tan importante, que habian conseguido aquellos caballeros estrangeros de los naturales traidores; y cómo por ella se habia sabido la verdad, y le era vuelta y restituida su honra á la casta é inocente reina. A una parte se oían las músicas y grande alegría, y á otra lloros, tristeza y gritos que daban las mugeres y deudos de los Zegríes muertos. Los caballeros vencedores fueron sacados del campo con muy grande honra, hecha por la mayor parte de los caballeros que éran del bando de la reina. Y de esta suerte los victoriosos caballeros llegaron á la reina que ya estaba dentro de la litera en que habia venido, y la preguntaron si habia otra cosa que hacer en aquel caso, ó en otro cualquiera que fuese de su gusto ó de necesidad. La reina dijo: «Que para la satisfaccion entera de su honra bastaba lo que habian hecho, y que recibiria mucho contento en que se quisiesen ir con ella para ser curados de sus heridas.» Los caballeros aceptaron el ruego de la reina, y asi salieron de la plaza llevando la

música de añafles delante, con mucho contento y alegría. Todo lo cual era al contrario en los mal intencionados Zegríes y Gomeles, porque con tristes llantos sacaron del palenque los destruidos cuerpos de sus parientes, y estuvieron determinados de romper con su contrario bando, y procurar dar muerte á los extranjeros vencedores; y no se determinaron por entonces, porque de allí adelante hubo entre ellos bandos y pasiones mayores que hasta entonces habian tenido, como adelante lo diremos. Los caballeros cristianos llegaron á la posada de la reina, y todos los demas caballeros; y los vencedores fueron curados con gran diligencia de cirujanos, y ellos pusieron sus armas junto á sí, por si algo sucediera. Y aquella noche despues de haber cenado, la reina, Celima y Esperanza fueron á visitar á los cuatro caballeros cristianos; y despues de haber hablado de los trabajos en que se habia visto aquella ciudad, y de la muerte injusta de los Abencerrages, la reina se llegó un poco mas al lecho de D. Juan Chacon, y sentándose le dijo: «El alto y poderoso Jesucristo, y su bendita Madre que le parió sin dolor, quedando Virgen por divino misterio, os den salud entera y vida larga, y os paguen la buena obra, que á esta triste y desconsolada reina habeis hecho habiéndome librado de una muerte tan infame y afrentosa; mas fue la voluntad de Dios de librarme, y que vos fuéreis el instrumento de mi libertad; y asi os quedo obligada mientras la vida me durare, la cual gastaré en vuestro servicio. Deseo ya ver

me cristiana para servir á Dios y á su Santísima Madre y á vos, y creedme que la mayor parte de los caballeros de esta ciudad estan deseosos de verse ya cristianos, y no aguardan sino que el rey D. Fernando comience la guerra, y está asi concertado desde que se fueron los caballeros Abencerrages; por tanto asi como llegueis, dad orden á vuestro rey para que ponga en ejecucion la guerra contra este reino, y os ruego que me digais quien son esos tres caballeros á quien soy obligada, porque sepa á quién he de servir.» — «Escelente señora, dijo D. Juan, los caballeros que á mí me han hecho merced y á vos servido, son D. Alonso de Aguilar, el gran D. Manuel Ponce de Leon, y el otro D. Diego Fernandez de Córdoba, caballeros de grande estima, que ya tendreis noticia de ellos.» — «Si tengo, respondió la reina, que muchas veces han entrado en la Vega, y han hecho cabalgadas de ganados y buenas presas, y son conocidos por sus hechos y nombres, aunque ahora no han sido conocidos por el disimulo del traje turquesco, y ha sido buen pensamiento; y pues son de tan gran valor, será justo que les hable y dé las gracias del bien que por su causa me ha redundado.» Diciendo esto la reina Sultana fue donde estaban los tres caballeros, y á todos, y á cada uno de por sí les dió muchas gracias por el favor que le tenian hecho, y que confiaba en Dios que algún dia les serviria en algo. El alcaide de los Donceles respondió en nombre de todos: «Vuestra alteza le dé esas gracias y mercedes al

señor D. Juan, que nosotros poco es lo que hemos hecho, segun lo mucho que os deseamos y debemos servir.» — «Muchas mercedes, señores caballeros, por el nuevo ofrecimiento, que es para mas obligarme á serviros, y reagrar la deuda tan grande que os tengo. Dios os pague lo que habeis hecho por mí, y dé vida para que pueda pagar alguna cosa de lo mucho que os debo; y porque parece que es hora de reposar y descansar, yo me quiero ir á recoger para dar orden á lo que conviene para vuestro regalo.» Con aquesto se fue la reina, y habló con su tio Moraicél, y le dijo que estaba recelosa de que viesesen á tomar venganza los Zegríes y Gomeles en los cuatro caballeros, por la muerte de los cuatro traidores; que pusiesen algun remedio. Y pareciéndole buen consejo, fue á dar parte de ello á Muza, el cual puso cien caballeros de guarda en la casa, los cuales estuvieron toda la noche con gran cuidado. Fue muy acertado el parecer de la reina, porque los Zegríes y Gomeles tenian concertado de cercar la casa, y dar muerte violenta á los caballeros vencedores; y como vieron tanta guarda, y conociendo que no podrian salir con su intento, desistieron de su propósito; y mas cuando supieron que el valeroso Muza habia puesto aquellos caballeros, lo sintieron de manera, que se les comia el corazon de envidia, por ver con las veras que acudia Muza á los cuidados de la reina, y no se atrevieron á irle á la mano, porque le temian. Venida la mañana se fue la gente de guardia,

y los cuatro caballeros determinaron de irse, porque no los echase menos el rey D. Fernando; y así pidieron licencia á la reina para partirse á la corte de su rey, porque les importaba que no supiese la ausencia que habian hecho. «¿Pues cómo, señores, dijo la reina; estando tan lastimados, cansados y heridos os quereis poner en camino tal? No lo tengo de consentir: ¿por ventura os falta cosa alguna, ó la deseais?»—«No uno ni otro, respondió D. Juan Chacon, porque donde está vuestra alteza no hay que desear nada; pero importa irnos por lo que he dicho.»—«Pues, que así es, dijo la reina, tornaos á curar; é id vuestro viage con la bendicion de Dios; y por él os ruego no me olvidéis, y suplicad á vuestro rey que comience la guerra contra Granada, porque á todos los que tienen deseo firme de ser cristianos, se les cumpla.» Los caballeros se lo prometieron así. La reina mandó llamar á los cirujanos; y curados, se armaron, y despidiéndose de la reina y Celina, Esperanza y de Moraicél, se partieron quedando llorando la reina la ausencia de tan buenos caballeros. Muza, Malique Alabez y Gazul, que supieron que los caballeros estrangeros se iban de Granada; les salieron á prevenir un grande acompañamiento con mas de doscientos moros, á mas de media legua la vuelta de Málaga. Pero así como los moros se despidieron de ellos, tomaron la via de Castilla, y caminaron á grande priesa; y entrando en tierra de cristianos, supieron como los reyes católicos estaban en Écija: ellos fueron á Talavera,

y hallaron á sus criados que los esperaban para que siguiesen la corte. Allí estuvieron ocho dias curándose muy secretamente, y estando ya mejores se partieron para Écija; y en llegando, pidiendo licencia al rey D. Fernando para irse á sus tierras, se la dió; y llegados á sus patrias, ellos y otros caballeros dieron orden de ganar á la ciudad de Alhama, llevando para ello la prevencion conveniente, porque era muy fuerte; y siendo juntos muchos y principales caballeros la cercaron y combatieron por todas partes. Donde los dejarémos combatiendo, por decir lo que pasó en la ciudad de Granada en este medio y sazón, y tambien porque á mí no toca escribir lo que pasó en aquesta guerra de Alhama, que no hace al intento, ni propósito mio.

P.C. Monumental de la Alhambra y General  
 CAPITULO XVII, DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCIA

*de lo que pasó en Granada, y cómo se volvieron á refrescar los bandos de ella, y la prision del rey Mulahazén en Murcia, y la del rey Chico en Andalucía, y de otras cosas.*

Grande fue la tristeza y desconsuelo que la reina Sultana sentia por la ausencia de sus defensores caballeros, y de buena voluntad fuera en su compañía, que temia el alboroto de la ciudad; y si su dolor y tristeza fue grande, mas excesivo fue el de los Zegríes y Gomeles y los demas de su bando; por causa de los caballeros que en la cruel batalla murieron, y porque los

agresores se fueron sin que de ellos se tomase  
 venganza, y porque se sentian muy afrentados y  
 corridos por las cosas pasadas; pero con disimu-  
 lacion aguardaban ocasion para ejecutar su de-  
 seo. Digamos ahora del rey Chico, el cual como  
 supo la muerte de los acusadores de su muger  
 la reina, y la confesion que habia hecho el mal-  
 vado Zegrí en su disculpa; descubriendo la pé-  
 sima y horrible maldad; enojado de sí mismo,  
 no sabia qué hacerse. Poníasele delante la culpa  
 de su ceguedad, y la muerte tan sin culpa de los  
 nobles Abencerrages; la grande deshonor en que  
 habia puesto á la reina, el destierro injusto que  
 hizo cumplir á los Abencerrages, y como por su  
 causa se habian tornado cristianos y á él le abor-  
 recia toda Granada, y como estaban amotinados  
 y conjurados contra él, y hasta su padre le pro-  
 curaba quitar el reino, y aun la vida. Imaginan-  
 do en estas cosas y otras muchas venia á perder  
 el juicio. Maldecia á los Zegríes y Gomeles, por-  
 que le habian dado tan malos consejos, y á él  
 porque los habia recibido. Llorando todas estas  
 desventuras se tenia por el rey mas desdichado  
 de todo el mundo, y no osaba parecer de ver-  
 güenza ó de temor; por lo cual no le visitaban  
 los Zegríes y Gomeles. Bien se holgára el reye-  
 cillo de que su amada Sultana quisiera volver á  
 su amistad; mas era imaginacion y trabajo muy  
 en vano, porque aunque ella quisiera, quanto  
 mas que no estaba de ese parecer, sus deudos  
 no lo consintieran; y con todo esto pidió á Muza  
 que desenojase á la reina, y alcanzase de ella el

perdon, y la dijese cuán arrepentido estaba, y que viniese á hacer vida con él. Muza pidió á la reina y á sus parientes todo lo que el rey Chicho le habia pedido, y no fue posible alcanzar alguna cosa de lo que pedia; y así volvió, y dió al rey la respuesta que habia dado la reina. Con esto el rey se deshacia en pena; mas consolábase con que habia de procurar traer á su amistad á todos los caballeros que pudiese, y á los ciudadanos y gente plebeya, para irse apoderando de toda la ciudad; y así iba adquiriendo amigos, y á todos les pedia perdon diciéndoles, que él habia sido mal aconsejado, y aunque habian pagado su delito los promovedores y consejeros, que ellos verian la enmienda que tenia de allí adelante, y que lo sucedido le habia de ser escarmiento para mientras viviera, como lo verian, y el tratamiento que haría á sus vasallos; y como era heredero forzoso del reino, muchos grandes le obedecian con toda la mas gente comun. Nunca pudo reducir á su obediencia á ninguno de los Almoradis, Marines, Alabeces, Gazules, Venegas ni Aldoradines, que estos seis linages seguian la parte del rey viejo, y la de su hermano el infante Abdalí. En este tiempo el rey Mulahazén, como hombre valeroso, no habiendo perdido sus brios y braveza de corazon, ordenó de hacer una entrada en el reino de Murcia, y así juntando mucha y muy lucida gente, prometiendo buenos sueldos a los de á caballo y de á pie, salió de Granada llevando consigo dos mil hombres de á pie y de á caballo, y se

fue á la ciudad de Vera, y tomando el camino de la costa, por dejar á Lorca, salió á los Almazarrones, y de allí fue á Murcia, y recorrió todo el campo de Sangonera, cautivando mucha gente. D. Pedro Fernandez, adelantado del reino de Murcia, salió con la mas lucida gente que pudo á resistir al moro, que andaba corriendo el campo con gran pujanza; y encima de las lomas del Azul, dia de San Francisco, se rompió la batalla entre moros y cristianos, la cual fue muy sangrienta y reñida; mas fue Dios servido, por intercesion del bienaventurado Santo, que D. Pedro Fajardo con la gente de Murcia, mostrando grandísimo valor, venció á los moros, y desbarató y prendió al rey. Viéndose desbaratados los moros, huyendo volvieron á Granada, donde se supo la prision del rey Mulahazén, y pérdida de todo su campo, lo cual se sintió en toda la ciudad, si no fue el infante Abdalí que se holgó mucho de la prision del rey su hermano, porque por allí entendió alzarse con todo el reino, y así escribió al adelantado D. Pedro, que le hicièse merced de tenerle al rey su hermano preso hasta que muriese, y que por ello le daría las villas de Velez el Blanco, y el Rubio, Giquena y Tireza. Mas el adelantado, considerando la traicion que el infante queria hacer, no quiso aceptar su oferta, antes dejó ir libremente al rey y á los que con él fueron cautivos; el cual como llegó á Granada halló á Abdalí apoderado del Alhambra, diciendo que su hermano se la habia dejado en guarda. Mula-

hazén muy enojado de esto, y mas por la traicion que le quiso hacer, se retiró en el Albaicín, adonde él y su muger estuvieron muchos días. La madre de Mulahazén, vieja de ochenta años, habiendo visto la liberalidad del adelantado, le envió diez mil doblas, el cual no las quiso recibir; y le envió á decir que se las diese á su hijo para que hiciese guerra á su hermano. Visto que no habia querido recibir los dineros, le envió ciertas joyas muy ricas, y doce poderosos caballos enjaezados, todo lo cual recibió D. Pedro Fajardo. A pocos dias se volvieron al Alhambra, porque su hermano se la dejó libre, entendiendo que el rey no sabia nada de las cartas que le habia enviado á D. Pedro Fajardo. Mulahazén disimuló aquel negocio, y lo guardó para su tiempo, mas indignado contra su hermano, y contra los que le fueron favorables, y todavia le dejó la administracion del gobierno. A este Mulahazén le llamaron el Zagal, y Gadabli; mas su nombre propio y mas usado era el de Mulahazén. Esta batalla y prision de este Mulahazén escribió el moro coronista de este libro, y yo doy fé que en la iglesia mayor de Murcia, en la capilla de los marqueses de los Velez, hay una tabla encima del sepulcro de D. Pedro Fajardo, en la cual se cuenta el suceso de aquesta batalla. Volviendo á nuestro propósito, el rey Mulahazén muy enojado por lo que el gobernador su hermano habia hecho, hizo un dia su testamento diciendo: «Que en fin de sus dias fuese su hijo heredero del reino, y que echase de él al infante su hermano, y á todos

los de su bando.» Esto decia, porque seguian al infante Abdali muchos caballeros Almoradis y Marines, los cuales sustentaban la parte del infante. Por este testamento hubo despues en Granada muchos alborotos, y entre los ciudadanos guerras civiles, como despues de esto sucedieron; pues estando el rey Mulahazén en el Alhambra, y Granada, como de antes solia, debajo de la gobernacion de dos reyes y un gobernador, no por eso dejaron los Almoradis de buscar modos y maneras, para que totalmente el rey Chico fuese privado del reino; mas no podian hallar ninguna comodidad que buena fuese, respecto que los Zegries y Gomeles estaban de su parte con otros muchos caballeros, que reconocian que aquel era finalmente el heredero del reino; pero no por esto dejaban de buscar asechanzas, y mil ocasiones: tio contra sobrino, y sobrino contra tio; pero como el rey Chico estaba odiado de los mas principales caballeros, no pudo salir por entonces con su intencion en nada, ni pudo espeler á su tio del cargo que tenia, y asi aguardaba tiempo para ejecutar su intencion; y por alegrarse un dia se paseaba por la ciudad con otros principales caballeros, por dar alivio á sus penas, rodeado de sus Zegries y Gomeles, y le vino una muy triste nueva, como los cristianos habian ganado la ciudad de Alhama; con la cual embajada hubiera el rey de perder el sentido, asi por perder aquella ciudad, como por el peligro que tenia Granada de ser cada dia corrida de cristianos. Tanto fue su sentimiento, que al mensage-

ro que trajo la nueva le mandó matar; y subiendo al Alhambra lloró la pérdida de su ciudad, y mandó tocar añafles y trompetas de guerra, para que con muy gran presteza se juntase toda la gente, y fuera al socorro de la ciudad de Alhama. La gente de guerra se juntó toda al belicoso son de las trompetas, y preguntándole al rey que para qué los mandaba juntar; respondió: «Que para socorrer á Alhama, que la habian ganado los cristianos.» Entonces un Alfaquí viejo le dijo: «Por cierto que se emplea muy bien tu desventura en haber perdido á Alhama; y merecias perder todo el reino, pues mataste á los nobles caballeros Abencerrages, y á los que quedaban mandaste desterrar del reino; por lo qual se tornaron cristianos, y ellos propios son los que te hacen la guerra. Acogiste á los Zegríes que eran de Córdoba, y te has fiado de ellos; pues ahora irás al socorro de Alhama, y di á los Zegríes que te favorezcan en semejante desventura como esta.» Por esta embajada que al rey Chico le vino de la pérdida de Alhama, y por lo que este moro Alfaquí le dijo, y por la muerte de los Abencerrages, se dijo aquel romance antiguo tan doloroso para el rey, que dice en arábigo, traducido al castellano, de esta manera:»

Paseábase el rey moro  
por la ciudad de Granada  
desde la puerta de Elvira  
hasta la de Vivarrainbla.

Cartas le fueron venidas  
que Alhama era ganada:

las cartas echó en el fuego,  
 y al mensajero maltrata.  
 Descabalga de una mula  
 y en un caballo cabalga;

por el Zacatin arriba  
 subido se ha al Alhambra.

Quando en el Alhambra estuvo,  
 al mismo tiempo mandaba  
 que le toquen sus trompetas,  
 los añfiles de plata,

Y que las cajas de guerra  
 apriesa toquen al arma,  
 porque la oigan sus moros,  
 los de la Vega y Granada.

Los moros que él son oyeron,  
 y al sangriento Marte llama,  
 de uno á uno, y dos á dos,  
 juntádose ha gran batalla.

Allí salió un moro viejo  
 y desta manera hablára:  
 «Para qué nos llamas, rey;  
 para qué es esta llamada  
 «Habeis de saber, amigos,  
 una nueva desdichada,  
 que cristianos de braveza  
 ya nos han ganado á Alhama»

Allí habló un Alfaqí  
 de barba crecida y cana:  
 «Bien se te emplea, buen rey;  
 buen rey, bien se te emplea;  
 Mataste los Bencerrages  
 que eran la flor de Granada;

acogiste advenedizos  
de Córdoba la nombrada.

Pos eso mereces, rey,  
una pena bien doblada,  
que te pierdas tú y tu reino,  
y que se pierda Granada.»

Este romance se hizo en arábigo en aquella  
ocasion de la pérdida de Alhama, el cual era  
muy doloroso, y tanto que vino á vedarse en  
Granada que no le cantasen, porque cada vez  
que le cantaban en cualquiera parte provocaba  
á llanto y dolor: despues se cantó en lengua  
castellana de la misma manera, que decia:

Por la ciudad de Granada:  
el rey moro se pasea;  
desde la calle de Elvira  
llegaba á la plaza Nueva.

Cartas le fueron venidas,  
que le dan muy mala nueva,  
que habian ganado á Alhama  
con batalla y gran pelea.

El rey con aquestas cartas  
grande enojo recibiera,  
al moro que se las trajo,  
mandó cortar la cabeza.

Las cartas hizo pedazos  
con la saña que le ciega,  
descabalgá de una mula  
y cabalgá en una yegua.

Por la calle, el Zacatin  
al Alhambra se subiera;

trompetas mandó tocar  
y las cajas de pelea,

Porque lo oyeran los moros  
de Granada y de la Vega,  
uno á uno, dos á dos,  
grande escuadron se hiciera.

Quando los tuviera juntos  
un moro allí le dijera:

«Para qué nos llamas, rey,  
con trompa y cajas de guerra?»

«Habeis de saber, amigos,  
que tengo una mala nueva,  
que la mi ciudad de Alhama  
ya del rey Fernando era.

Los cristianos la ganaron  
con muy crecida pelea.»

Allí habló un Alfaquí,  
desta manera dijera.

«Bien se te emplea, buen rey;  
buen rey, muy bien se te emplea,  
mataste los Bencerrages  
que eran la flor desta tierra;

Acogiste á adyenedizos  
que de Córdoba vinieran;  
y así mereces, buen rey,  
que todo el reino se pierda.»

Pues volviendo al caso, así como el rey jun-  
tó gran copia de gente, al punto sin poner en  
ello dilacion, salió de Granada para ir al soco-  
rro de Alhama, imaginando que la habia de re-  
mediar; mas su cuidado y trabajo fue en vano,  
porque quando llegó á Alhama ya los cristianos

estaban apoderados de la ciudad y del castillo, y de todas sus torres y fortalezas; pero con todo eso hubo una muy grande escaramuza entre moros y cristianos: allí murieron mas de treinta Zegries á manos de los cristianos Abencerrages, que allí habia mas de cincuenta que estaban á la orden del marques de Cádiz. Finalmente, por el gran valor y esfuerzo de los caballeros cristianos fueron desbaratados los moros: lo cual visto por el rey de Granada, se volvió sin hacer en aquella ocasion cosa de provecho. Asi como llegó á Granada volvió á hacer mas gente y en mas cauidad, y volvió sobre Alhama, y una noche secretamente la hizo echar escalas y entraron dentro algunos moros; y asi como fueron sentidos de cristianos, tocaron al arma y pelearon con los moros que habian entrado, y los mataron y se pusieron á la defensa. Y viendo el rey que trabajaba en vano, se volvió muy triste, y envió por el alcaide de Alhama para degollarle, que se habia retirado á Loja á su fortaleza. Los mensageros del rey, presentando los recados que llevaban para prenderle, le prendieron y le dijeron como le mandaba cortar la cabeza y llevarla á Granada, y ponerla encima de las puertas del Alhambra, porque fuese á él castigo y á otros temor, pues habia perdido una fuerza tan importante. Y siendo preso; dijo el alcaide que él no tenia culpa de aquella pérdida, que el rey le habia dado licencia para ir á Antequera á bodas de una hermana suya; que el alcaide Rodrigo de Narvaab la casaba con un caballero, y que

ocho dias le habian dado de término mas que los que habia pedido, y que á él le pesaba mucho de la pérdida de Alhama, porque si el rey la perdía, él habia perdido sus hijos, muger y hacienda. No bastó esta disculpa que dió el alcaide, y así le llevaron á Granada y le cortaron la cabeza; y por esto se hizo el siguiente

## ROMANCE.

Moro alcaide, moro alcaide,  
el de la bellida barba,  
el rey te manda prender  
por la pérdida de Alhama;

Y cortarte la cabeza  
y ponerla en el Alhambra,  
porque á ti sea castigo,  
y otros tiemblen en mirarla;

Pues perdiste la tenencia  
de una ciudad tan preciada.  
El alcaide respondia,  
desta manera les habla:

«Caballeros, y hombres buenos  
los que regís á Granada,  
decid de mi parte al rey  
como no le debo nada:

Yo me estaba en Antequera  
en bodas de una mi hermana;  
mal fuego queme las bodas  
y quien á estas me llevara,

El rey me dió la licencia  
que yo no me la tomara;

pedila por quince dias,  
diómela por tres semanas.

De haberse Alhambra perdido  
á mí me pesa en el alma,  
que si el rey perdió su tierra;  
yo perdí mi honra y fama:

Perdí una hija doncella,  
que era la flor de Granada;  
el que la tiene cautiva  
marques de Cadiz se llama.

Cien doblas le doy por ella,  
no me las estima en nada;  
la respuesta que me han dado  
es, que mi hija es cristiana;

Y por nombre le habian puesto  
Doña María de Alhama:  
el nombre que ella tenia  
mora, Fátima se llama.

Diciendo esto el alcaide  
lo llevaron á Granada,  
y siendo puesto ante el rey,  
la sentencia le fue dada,

Que le corten le cabeza;  
y la lleven al Alhambra:

se ejecutó la sentencia,  
asi como el rey lo manda.

Pues habiéndose hecho esta justicia del alcaide de Alhama, se comenzó á tratar entre todos los caballeros, que el tio del rey saliese con la gente de su bando á tomar venganza de la pérdida de Alhama; ó á buscar otras ocasiones para vengarse de los cristianos; á lo cual el tio;

les respondió, que harto hacía en guardar la ciudad y tenerla en paz, y que por esta causa no salían él ni los de su bando de ella. Tratando en estas cosas todos los caballeros que estaban á la obediencia del rey Chico, dijeron que de ley de razon al hijo se le debía la corona, y no al hermano, y que guardar esta ley era de caballeros nobles; y como esto se considerase, todos los mas linages le dieron la obediencia al rey Chico, asi como Gazules, Aldoradines, Venegas, Alabeces; y los de este bando, que eran enemigos de los Zegríes, no atendieron á enemistades pasadas, pudiendo mas la razon que el rencor, y mas la nobleza que la malicia; de tal suerte, que con el tio del rey Chico no quedaron sino Almoradis, Marines y algunos caballeros y gente ciudadana. Pues todos estos, como hemos dicho, decían, que el infante Abdalí saliese á buscar algunas ocasiones contra cristianos, de suerte que se vengase la toma de Alhama, y que no estuviese arrinconado, como hombre inútil y de poco valor, pues pretendia tener cetro y corona. A todo esto respondia el Infante lo que habeis oido, y que él queria guardar á Granada, que era de mas importancia que ir á buscar cristianos á sus casas: lo mismo decían los Almoradis y Marines; y á cerca de esto Malique Alabez, lleno de cólera y saña, les dijo: «Que eran cobardes y ruines, y que no hacían á ley de caballeros en no salir á buscar cristianos con quien pelear, y querer por fuerza hacer rey á quien no lo merecía por su persona; ni le venia de derecho.» Los

Almoradis oyendo estas palabras pusieron mano á las armas contra los Alabeces, y ellos tambien. Los Gazules no se holgaron viendo este acontecimiento; y asi pusieron mano en las armas y dieron en los Almoradis y Marines, de suerte que en poco tiempo mataron mas de treinta de ellos, y los Almoradis mataron muchos Gazules y Alabeces. De tal manera se revolvieron los bandos unos con otros, que se ardia Granada, y se derramaba mucha sangre de ambas partes; mas siempre llevaron lo peor los Almoradis y Marines, aunque tenian de su parte gran copia de la gente comun, y otros linages de caballeros; y tan mal les fue, que se hubieron de retirar todo lo mejor que pudieron al Albaicin. Los dos reyes salieron cada uno á favorecer su parte; y si no fuera por los Alfaquies, y por muchos señores que se pusieron por medio, perecieran, y tambien porque Muza con mucha gente de á caballo fue apaciguando la pendencia; y no sabía contra quien fuese, porque el rey Chico era su hermano, y el Infante su tio; pero considerando que derechamente era el reino de su hermano, era mas de su bando.

Este dia hubo tan grande revuelta, que fue causa para que el furor del amotinado pueblo cesase, y se reconcillasen en amistad; y asi se hizo un crecido escuadron de gente de á caballo y de á pie. Y como el rey Chico los viese con tan grande voluntad de ir á pelear contra los cristianos, propuestos de morir ó vengar la pérdida de Alhama, salió de Granada con ellos, yendo

con acuerdo de no detenerse hasta entrar bien adentro de Andalucía, y hacer una gran cabalgada, ó rendir alguna fuerza de cristianos; y con este propósito marcharon hasta llegar legua y media de Lucena, donde el rey mandó hacer de toda su gente tres batallas: la una tomó él á su cargo, y la otra dió á un alguacil mayor, y la otra á un capitán de Loja, llamado Aliatar, y todos corrieron la tierra é hicieron una muy gran presa. Esta corrida de los moros se supo en Lucena, Baena y Cabra; y así salió el conde de ella, y el valiente alcaide de los Donceles con mucha gente, y pelearon con los moros; los cuales como vieron venir tal tropel de cristianos, juntaron sus tres batallas, y pusieron en medio la cabalgada. Los valientes andaluces dieron en los moros de tal forma, que aunque se defendieron con gran valor, fueron desbaratados, y junto al arroyo del puerco, que otros llaman el arroyo de Martín González, fue preso el rey de Granada, y otros muchos con él. Los moros que escaparon, fueron huyendo la vuelta de Granada. El rey fue llevado á Baena, y de allí á Córdoba, para que le viese el rey D. Fernando. Fueronle enviados mensajeros al rey Católico para que tratase de rescate del rey Chico; y sobre si se rescataría, ó no, hubo muchas diferencias entre los del consejo y grandes de Castilla. Al fin se acordó de darle libertad con que fuese vasallo del rey D. Fernando; y así juró de ser leal y fiel con que le diese su favor y ayuda para conquistar algunos lugares que no le querían obedecer, sino

á su padre. El rey D. Fernando lo prometió así; y le dió cartas para todos los capitanes cristianos que estaban en las fronteras de Granada, para que le ayudasen en lo que el rey Chico quisiese, y que á los moros que quisiesen ir á labrar tierras fuera de Granada, no se les hiciese perjuicio. Y habiendo asentado y jurado todo lo dicho, pidió licencia el rey de Granada al rey Católico, y dándosela con muchos presentes, se fue á su patria. Y como su tío Abdali y los demas caballeros de Granada supieron el trato que habia hecho el reyecillo con el rey D. Fernando, les pareció muy mal; y recelándose de que por esta causa se perdiese Granada, el infante Abdali les hizo á todos el siguiente parlamento, diciendo así:

«Claros, ilustres y muy esforzados caballeros, que tan injusto odio me teneis, sin razon ni legitima causa: bien sabeis como mi sobrino fue alzado por rey de Granada, sin ser muerto mi hermano Mulahazén, su padre, por una causa muy ligera; solo porque degolló quatro caballeros Abencerrages, que lo merecian, y por esto le quitásteis la obediencia, y alzásteis á su hijo por rey contra toda razon y derecho; y mi sobrino, habiendo, con vuestro favor, degollado treinta caballeros Abencerrages sin ninguna culpa; habiendo levantado tal testimonio á su muger y reina nuestra, por donde tantos escándalos, muertes y guerras civiles ha habido en esta ciudad, le teneis obediencia y le amais, sin mirar que no es digno de ser rey, pues su padre es

vivo; y sin esto mirad ahora lo que ha hecho y concertado con el rey D. Fernando de Castilla, que le han de dar gente belicosa para hacer guerra con ella á los pueblos que no le han querido obedecer, y siempre han estado en la obediencia de su padre; y mas le da al rey cristiano tantas mil doblas de tributo, despues de haberse perdido él y los suyos en esta entrega que ha hecho tan sin causa. Ya que Alhama fue perdida, no tenia necesidad sino de reparar las fuerzas, pues Alhama no se podia cobrar al presente, y por tiempo se pudiera restaurar. Pues considerando ahora, caballeros, á vos digo Zegries, Gomeles, Mazas y Venegas, allegados á mi sobrino con tanta vehemencia, si ahora metiese gente cristiana y guerras en Granada, ¿qué esperanza podríais tener, y qué seguridad para que no se levantasen con su tierra? ¿No sabéis que los cristianos son gente feroz y belicosa, todos con ánimo levantado hasta el cielo? Si no mirad lo de Alhama como ha sido, y cuán presto la han atropellado. Pues Alhama gente de guerra tenia dentro para defenderla: mirad como no la defendieron. Pues si entrasen estos en Granada, y tuviesen lugar de ver las murallas y torres, ¿quién quita que luego no fuese ganada por los cristianos? Abrid, amigos, los ojos, y no deis lugar á mayores males. Mi sobrino no sea admitido por rey, pues es amigo del rey cristiano. Mi hermano es rey, y por ser ya viejo tengo yo el gobierno de la corona real: si él muere, y mi padre fue rey de Granada, ¿por qué no lo seré yo, pues

de legitimo derecho ine viene, y la razon lo pide? De necesidad es menester: ahora cada uno responda, y dé su voto á lo que tengo propuesto y dicho, y sea la respuesta tocante al bien del reino.»

Fueron tan eficaces estas razones que dijo el infante Abdalí contra su sobrino, que los Alfaquies y demas caballeros, especialmente Almora-dis y Marines, fueron de comun acuerdo que el rey Chico no fuese admitido en Granada, y que el tio fuese alzado por rey, y entregado en el Alhambra; lo cual le fue dicho á Mulahazén; el que agravado de pesadumbres y males salió de su voluntad del Alhambra, y se apoderó en el Alcazaba, junto con su familia; y su hermano fue apoderado en el Alhambra con título de rey, aunque contra la voluntad de los Zegries, Mazas, Gomeles, Gazules, Alabeces, Aldoradines y Venegas; pero disimularon por ver en qué paraban aquellas cosas. El rey Chico llegó á Granada con muchas joyas y presentes que el rey D. Fernando le habia dado. Los de Granada no le quisieron acoger ni recibir, diciéndole que el mo-ro que hacia alianzas y paces con los cristianos, no habia que fiar de él. Visto por el rey que no le querian recibir, y sabiendo que su tio estaba apoderado en el Alhambra, se fue á la ciudad de Almería, que era tan grande como Granada, y de tanto trato, y cabeza de reino; donde le recibieron como á su rey. Desde allí requería á algunos lugares que le diesen la obediencia, y si no que los destruiria. Los lugares no se la qui-

sieron dar, por lo cual les hacia guerra con cristianos y moros. En esta sazón murió el rey viejo, con cuya muerte se renovaron los bandos, porque visto el testamento que habia hecho en vida, hallaron en él la traicion que su hermano habia intentado contra él, y cómo dejaba su hijo por heredero del reino, y que fuese obedecido de todos, y si no, que la maldicion de Mahoma viniese sobre ellos. Por esto comenzaron nuevos escándalos, porque el reino le venia al hijo de Mulahazén, y no al Infante. En esto estuvieron tratando muchos dias, en los cuales le aconsejaron al Infante que procurase con diligencia matar á su sobrino, y muerto, reinaria en paz. Admitió este consejo, y determinó el ir á Almería á matarle; y primero escribió á los Alfaqúes de Almería lo que su sobrino habia tratado con el rey D. Fernando, de lo cual les pesó, y le enviaron á decir que ellos darian entrada secretamente en Almería; que le viniese á prender ó matar. Vista esta respuesta por el Infante, se partió con secreto llevando algunos caballeros consigo, y en llegando á Almería los Alfaqúes les entraron secretamente, y cercando la casa real, procuró prender ó matar á su sobrino; pero oyendo el alboroto, avisaron al rey Chico, y él escapó huyendo con algunos de los suyos, y se fue á tierra de cristianos. El Infante quedó muy enojado por haberse escapado el sobrino; pero allí en Almería halló un muchacho, sobrino suyo y hermano del rey Chico, y le hizo degollar, porque si el rey Chico moría, pudiese él

reinar, sin que uadie se lo impidiera: pasado esto se volvió á Granada donde estuvo apoderado del Alhambra y ciudad, y obedecido por rey del reino, aunque no del todo, porque todavia entendian que aquel no era su señor natural. El rey Chico se fue adonde estaba el rey D. Fernando y la reina Doña Isabel, y contó toda su tragedia; de todo lo cual pesó mucho á los cristianos reyes, y le dieron unas cartas al rey moro para el gobernador y capitan de todas las fronteras del reino de Granada, especialmente para Benavides que estaba en Lorca con gente de guarnicion; y dando al rey moro muy grande cantidad de dinero, y otras cosas de valor, le envió á Velez el Blanco, donde fue bien recibido él y los suyos; y asimismo en Velez el Rubio, donde estaba un alcaide moro, que se decia Alabéz, y en Velez el Blanco estaba un hermano suyo. Estando aqui el rey Chico entraba y salia en los reinos de Castilla á cosas que le cumplian, donde era de los cristianos favorecido por mandado del rey D. Fernando; y á este tiempo habian ganado los cristianos muchos lugares de Granada, asi como Ronda, Marbella y otros pueblos comarcanos, Loja y sus contornos. El tio del rey Chico no se aseguraba un punto, porque tenia el reino tiranizado, y siempre procuraba la muerte del sobrino, porque no reinase, y prometia muchas cosas á quien le matase con yerbas, ó violentamente; y no faltaron cuatro moros codiciosos á las promesas, que le dieron palabra de matar al rey Chico; y para la ejecucion los envió con car-

tas para su sobrino, porque no se recelasen de ellos; atento á que él no le hacia guerra, y que como de paz le enviaba aquel mensaje con blandas y cautelosas palabras, que decian asi:

« Amado sobrino: no obstante las causas de  
 « las pasadas guerras que habemos tenido por el  
 « reino, sabiendo ya que verdaderamente es vues-  
 « tro por una cláusula del testamento de mi her-  
 « mano, donde dice que vos sois heredero de él,  
 « he acordado que seais entregado en la posesion  
 « de él, y le recibais debajo de vuestro amparo, co-  
 « mo rey y señor de él, dándome un lugar en que  
 « esté contento para pasar mi vida, que con esto  
 « viviré gustoso; y mirad que os lo requiero de par-  
 « te de Dios Todopoderoso, y de Mahoma, su fiel  
 « mensagero, porque el reino de Granada se va  
 « perdiendo, sin que en nada haya reparo. Por  
 « tanto, vistos estos mis recados, vos venid á Gra-  
 « nada muy seguro, como rey y señor de ella. De  
 « todo lo pasado estoy muy arrepentido, y asi es-  
 « pero el perdon de vos, como de mi señor y rey;  
 « y mirad que si tenemos division y guerras civi-  
 « les, el reino será perdido; y no viniendo á él,  
 « le entregaré á vuestro hermano Muza, el cual lo  
 « tiene por deseo de gobernar; y si él se apode-  
 « ra del reino, y los grandes le juramos por rey,  
 « con dificultad será desposeido. Cesó, y de Gra-  
 « nada etc. = *Muley Abdali.* »

Esta carta dió el Infante á cuatro moros va-  
 lientes y conjurados, para que en acabándosela  
 de dar le matasen; y si no pudiesen buenamen-  
 te salir con su intencion, que se viniesen. No

faltó quien diese aviso de esto al rey Chico para que se guardase. Llegados los mensageros á Velez el Blanco preguntaron al alcaide Alabéz por el rey. Él respondió, que allí estaba, y qué era lo que querian. «Traemos unos recados del rey su tío.» Alabéz dijo: «¿Cómo puede ser su tío rey, habiendo legítimo heredero en el reino?»—«Eso no sabemos nosotros, respondieron los mensageros, mas de que nos mandó venir con estos recados.»—«Pues dadme las cartas, dijo el alcaide, que vosotros no le podeis entrar á hablar.»—«No las podemos dar sino en sus manos, respondieron ellos.»—«Pues aguardad aquí avisaré al rey, dijo Alabéz;» y lo hizo, y dijo si los dejaría entrar ó no. El rey mandó que los dejase entrar para oír su mensaje; y mandó á doce caballeros Zegries y Gomeles que estuviesen prevenidos en su sala por si habia alguna traicion. Esto hecho, y el alcaide alistado de armas, volvió á los mensageros y les dijo que entrasen; y entrados donde estaba el rey; y viéndole que estaba tan acompañado, disimularon, y alargando la mano el un mensagero para darle al rey los despachos, se los quitó el alcaide y se los dió al rey; y abriendo la carta la leyó toda, y como estaba avisado de la traicion; mandó luego que prendiesen á los mensageros; y dándoles tormento confesaron la verdad, y fueron sentenciados á muerte, y los ahorcaron de las almenas del castillo; y el rey Chico respondió á su tío en una carta lo siguiente:

«El muy poderoso Dios, criador del cielo y  
 «la tierra, no quiere que las maldades de los  
 «hombres esten ocultas, sino que á todos sean  
 «patentes, como ha hecho en haber descubierto  
 «tu maldad. Recibí tu carta, mas llena de enga-  
 «ños que el caballo de los griegos. Ahora me  
 «prometes amistad, que estás harto de perseguir-  
 «me, matando á mis familiares y caballeros que  
 «me seguian. Traigo por testigos de esto á los de  
 «Almería que lo sabian; y á mi inocente herma-  
 «no que degollaste. No sé por cuál razon hicis-  
 «te tal crueldad; mas yo confio en Dios que al-  
 «gun dia me lo pagarás con tu cabeza, y los de  
 «Almería no quedarán sin castigo. El reino que  
 «tienes era de mi padre, y de derecho es mio;  
 «quereisme todos mal porque trato con cristia-  
 «nos: bien sabeis que por comunicar con ellos  
 «labran los moros sus tierras, y tratan en sus  
 «mercaderías seguramente: los cuales no lo ha-  
 «cen estando debajo de tu dominio contra toda  
 «razon. Avisote que algun dia he de estar sobre  
 «tu cabeza, y me pagarás la traicion que contra  
 «mi padre cometiste, y la que á mí ahora que-  
 «rias hacer debajo de tus melosas palabras; pues  
 «sábetes que adonde tú estás tengo quien me dá  
 «aviso de tus traiciones. Enviaste cuatro mensa-  
 «geros, tales como tú, para que me diesen muer-  
 «te, y pagaron su maldad, y confio que tú pagarás  
 «la tuya. Las joyas que me enviaste las quemé  
 «en pública plaza á vista de todos, recelándome  
 «de tus traiciones: No sé por qué las usais sien-  
 «do de linage de reyes, y teniéndoos por tal: no

«mas De Velez el Blanco, etc. = *El rey de Granada natural.*»

Esta carta escrita, la envió á Granada con otra que iba para Muza, y él se la dió á su tío, el cual como supo que á los mensageros que él envió para matar á su sobrino los habian aborrecido habiendo confesado la traicion, se halló muy confuso; mas disimulando, andaba cuidadoso y con recato de su persona. Muza leyó la carta de su hermano y decia:

«No sé, amado hermano, cómo tu valor conciente que un tirano sin razon ni ley tenga usurpado el reino de nuestro padre y abuelos, y que me persiga y tenga desterrado del lo que es mio. Si estan mal conmigo los Almoradís y Marines por la muerte de los Abencerrages, quien fue la causa de ella pagó la culpa, y yo como rey usaba justicia. Si siendo cautivo traté amistad con cristianos, fue por mi libertad, y por el bien de Granada, porque con el favor de ellos las tierras se labran. Poco hacia al caso pagar al rey tributo dejando nuestro reino en paz. Ahora veo que vá peor teniendo Granada otro rey, porque los cristianos se van apoderando del reino y ensanchando el suyo. Por Dios te ruego, que pues tu valor es para todos bastante, que tomes á tu cargo mi defensa por la honra de ambos; y considera la ambicion de este tirano, pues derramó la sangre de nuestro inocente hermano. Dame aviso de todo: De Velez el Blanco, etc. = *Tu hermano el rey.*»

Asi como Muza leyó la carta de su hermano

fue muy indignado contra su tío, especialmente por la muerte de su tierno hermano; y así luego enseñó la carta á sus amigos los caballeros Alabeces, Almoradí, Gazules, Venegas, Zégríes, Góméles y Mazas, porque también eran amigos de su hermano; y habiendo visto por ella la disculpa que daba de la muerte de los Abencerrages, y el arrepentimiento que mostraba del testimonio levantado á la reina, acordaron entre todos los caballeros de escribir al rey Chico que viniese á Granada con secreto, y que entrase en el Albaicín por la puerta de Fajalauza, y que se entregaría de la fortaleza de Blo Albulut, antigua morada de los reyes, porque era alcaide de ella Muza. Aquesta carta fue enviada al rey Chico, el cual como la leyó y vió la firma de su hermano Muza y de algunos caballeros, luego se dispuso para ir á Granada, y también porque se le iban los moros que tenía en su guarda y servicio, y le quedaban ya pocos; y así se partió y llegó una noche muy oscura á la puerta de Fajalauza con solos cuatro de á caballo, porque los demás se habían quedado apartados un poco atrás, y como llegó llamó á la puerta. Los guardas preguntaron quién era, y él dijo, vuestro rey soy. Luego le conocieron, y como estaban ya avisados de Muza que si viniese le diesen franca puerta, al punto le abrieron y entró con toda su gente. En sabiendo Muza su venida le fue á recibir, y le metió en la fuerza del Alcazaba. Aquella noche fue el rey á casa de algunos caballeros de los mas principales del Albaicín á decirles su ve-

nida; y como era para cobrar su reino con su ayuda. Todos los caballeros le prometieron su favor; y habiendo visitado á los caballeros de consideracion se volvió al Alcazaba. Al otro dia por la mañana se supo por toda la ciudad de Granada la venida del rey Chico, y tomaron las armas para ofenderle como á rey. El rey viejo su tio que estaba en el Alhambra, como supo la venida de su sobrino el rey Chico, hizo armar mucha gente de la ciudad para pelear contra los del Albaicin, y entre unos y otros hubo una cruel batalla, en la cual murieron muchos de ambas partes. De la parte del rey viejo eran Aldoradines, Marines, Alabeces, Bencerrages y otros muchos caballeros. De la parte del rey Chico eran Zegríes, Gomeles, Mazas, Veniegas, Alabeces, Gazules, Aldoradines y otros muchos caballeros principales. Fue tan reñida aquesta refriega que ninguna de las pasadas le llegó, porque hubo mucha mortandad y derramamiento de sangre. El valor de Muza, que seguia la parte de su hermano, era causa de que los de la ciudad lo pasasen peor; aunque ya les tenian apor-tillado el muro por tres ó cuatro partes; lo cual visto por el rey Chico, envió á gran priesa á pedir socorro á D. Fadrique, capitan general puesto por el rey D. Fernando, haciendo saber como estaba en el Albaicin en gran peligro, porque su tio le hacia cruel guerra. D. Fadrique le socorrió por mandado del rey Chico, y le envió mucha gente de guerra, arcabuceros todos, y por capitan de ellos á Hernando Alabéz, alcai-

de de Colomera. Con este socorro los moros se holgaron mucho, especialmente porque D. Fadrique les envió á decir que peleasen como varones fuertes por su rey, que era aquel, y que les daba palabra que seguramente podian salir á la Vega á sembrar y labrar sus tierras sin que nadie se lo estorbase. Con este favor tomaron grande ánimo los moros, y peleaban como leones con el ayuda de los cristianos, á los cuales no les faltaba nada de lo que habian menester. Estas batallas duraron cincuenta dias, sin cesar de pelear de dia y de noche, y despues de ellos se retiraron los de la ciudad con mucha pérdida de su gente, por el valor de los cristianos y de Muza; y el rey Chico reparó las murallas y puso gran defensa para estar seguro. Los cristianos fueron muy bien tratados; los moros del Albaicin salian á la Vega y á sus campos á labrar las tierras, todo lo cual fue causa para que casi los mas siguiesen el bando del rey Chico; pero no por esto se dejaban las continuas batallas entre los de la ciudad y Albaicin. Los moros de la ciudad tenian mas trabajo, porque peleaban con los cristianos de las fronteras, y con los moros del Albaicin; de suerte que de continuo tenian guerra. En este tiempo fue cercada Velez-Málaga por el rey D. Fernando. Los moros de Velez enviaron á pedir socorro á los de Granada. Los Alfaquies amonestaron y requirieron al rey viejo que fuese á favorecer á los moros de Velez. El rey quando lo supo se turbó, porque nunca imaginó que los cristianos osarian entrar tan

adentro, y temióse salir de Granada, recelándose que en saliendo se alzaría su sobrino con la ciudad y se apoderaría en el Alhambra. Los Alfaqües le daban priesa diciendo: «Di, Muley, ¿de qué reino piensas ser rey, si todo lo dejas perder? Las sangrientas armas que sin piedad moveis en vuestro daño aquí en la ciudad, movedlas contra los enemigos, y no matando á los mismos naturales.» Estas cosas decian los Alfaqües al rey, y predicando por las calles y plazas, que era justo y conveniente cosa que Velez-Málaga fuese socorrida. Tanta era la persuasion de estos Alfaqües, que al fin se determinó de ir á socorrer á Velez-Málaga; y habiendo llegado se puso en lo alto de una sierra, dando muestra de toda su gente. Los cristianos le acometieron, y no osó aguardar, sino se volvió huyendo él y su gente, y dejaban los campos por donde pasaban poblados de muchas armas, por poder huir á la ligera. El rey se fue á Almuñecar, y de allí á la ciudad de Almería y Guadix. Todos los demas moros se tornaron á Granada, donde sabiendo los Alfaqües y caballeros lo poco que habia hecho el rey en aquella jornada, y que como cobarde habia huido, llamaron al rey Chico y le entregaron el Alhambra, y le alzaron por su rey, á pesar de los caballeros Almoradí y Marines, y de todos los demas de su bando, que eran muchos; aunque es verdad que los de la parte del rey Chico eran mas, y todos muy principales. Habiendo entregado al rey Chico la Alhambra y todas las demas fuer-

zas, en las cuales puso gente de confianza, los moros le suplicaron pidiese al rey D. Fernando seguro para que la Vega se sembrase; y así lo envió á suplicar, y que todos los lugares de moros que estaban fronteros de los lugares de cristianos, que le obedeciesen á él, y no á su tío, y que para ello les daría seguro de que pudiesen sembrar y tratar en Granada segura y libremente. Todo lo cual le otorgaron los reyes Católicos por ayudarle; y así el rey cristiano escribió á los lugares de los moros que obedeciesen al rey Chico, pues era su rey natural, y no á su tío; y que él les daba seguro de no hacerles ningun mal ni daño, y que pudiesen labrar sus tierras. Los moros con este seguro lo hicieron así, y asimismo escribió el rey cristiano á todos los capitanes de las fronteras que no hiciesen mal á los moros fronterizos; lo cual cumplieron, y los moros andaban muy alegres y contentos, y dieron la obediencia al rey Chico. El rey Chico habiendo hecho todo aquesto, y dado contento á sus ciudadanos y aldeanos, mandó cortar las cabezas á cuatro caballeros Almoradis que le habían sido muy contrarios, y con esto cesaron las sangrientas y civiles guerras por entonces. Y porque la intencion del moro coronista no fue tratar de la guerra de Granada; sino de las cosas que pasaron dentro de ella, y de las guerras civiles que en ella hubo, no pongo aquí la guerra, sino el nombre de los lugares que se rindieron; tomada la ciudad de Velez-Málaga, que son estos:

Bentomiz, la villa de Comares, Dompera, la Villa del Cestillo, Guadalta, Jaráz, Cavilla, Rubir, Pitargies, Lucas, Jaranca, Almegia, Mainete, Venaquer, Camillas, Alebonache, Canillas de Albaidas, Narija, Benicorán, Cafis, Buenas, Alboraba, Alcuchavia, Alhitan, Daimas, Algorgi, Morgaza, Machara, Albomaila, Benadaliz, Cimbochillas, Predilipe, Beiros, Sinaráx, Hajar, Corterrojas, Alhacaque, Almería, Aprina, Aletin.

Estos lugares del Alpujarra se dieron á los reyes Católicos, de lo cual les pesaba á los moros de Granada, teniendo tan gran recelo de perderse, como los demas lugares se habian perdido. Pues vengamos ahora al propósito: despues de haber rendido á Velez-Malaga, los pusieron en tanto aprieto, que les faltó el mantenimiento, y muchas municiones de guerra; de suerte que estaban para darse. Los moros de Guadix sabido este negocio lo sintieron mucho, y los Alfaquies le rogaron al rey viejo que fuese á socorrer á Málaga, como lo hizo con mucha gente. El rey Chico supo de este sócorro de su tio, y mandó juntar mucha gente de á pie y de á caballo, y fue Muza por capitan de ellos para que les impidiese el paso, y los desbaratase; y asi lo hizo, que les aguardó y salió al encuentro, y trabaron una cruel batalla, en la cual fueron muertos gran parte de los de Guadix, y los demas huyeron volviéndose á su tierra admirados del valeroso Muza y de los suyos. Luego el rey Chico escribió al rey D. Fernando todo lo que habia pasado con los moros de Guadix que iban,

al socorro de Málaga, de lo cual se alegró el rey Católico, y se lo agradeció, y le envió un rico presente; y el rey Chico envió al rey D. Fernando un presente de caballos, muy riquísimamente enjaezados, y á la reina envió paños de seda y perfumes. Los reyes cristianos escribieron á los capitanes y alcaides fronteros de Granada y sus lugares, le diesen favor al rey Chico contra su tío, y que no hiciesen mal ni daño á los moros, ni tratantes de Granada que fuesen á sembrar ó á labrar sus tierras. El rey de Granada envió á decir al rey D. Fernando, que tenia noticia como los moros de Málaga no tenian bastimentos; que les impidiese que por mar ni por tierra les entrasen, y que se rendirian sin falta. Finalmente, dieron los cristianos tan gran batería á los cercados, que fue ganada Málaga y su distrito; y puesta buena guardia en Málaga y su costa, recibieron los reyes Católicos una carta de Granada, enviada por los caballeros Alabeces, Gazules y Almoradines, la cual decia asi:

«Muy poderosos señores: los dias pasados hicimos saber á vuestras magestades los caballeros Alabeces, Gazules, Aldoradines, y otros muchos de esta ciudad de Granada que somos de un bando, del cual es tambien Muza, como queriamos ser cristianos, y entregar este reino á vuestras reales personas; y pues se ha dado fin glorioso á las cosas del Andalucía, se puede empezar la conquista de este reino por la parte de Murcia; que es cierto que los alcaides de las fronteras y del rio de Almanzor se entrega-

«rán luego sin defenderse, porque así está tratado entre nosotros; y siendo ganada Almería y su rio, que es el mas dificultoso, y Baza, se puede cercar á Granada; que te damos fé, como caballeros, de hacer tanto en tu servicio, que Granada se entregue á pesar de todos los que en ella viven. Muza en nombre de los vasallos arriba contenidos besa vuestras reales manos etc. De Granada.»

Escrita esta carta, fue enviada al rey D. Fernando; el cual como entendió las razones, y viendo como los caballeros Abencerrages que andaban en su servicio procedian tan bien como lo habian escrito, luego se puso en camino para Valencia, y allí hizo cortes; y con el grande deseo que tenia de acabar del todo aquel reino, se vino á la ciudad de Murcia, y allí fue discurredo cómo habia de entrar por la parte de Verona y Almería; y resuelto en lo que habia de hacer, se fue á la villa de Lorca para desde allí entrar en el reino de Granada. Fueron de la ciudad de Murcia con el rey D. Fernando muchos caballeros muy principales, los cuales será bien declarar, porque su valor y proezas lo merecian, aunque no se nombrarán todos.

Fueron Fajardos, caballeros de claro linage, Albornoces, Ayalas, Giles, Galeros, Carrillos, Clavillos, Guzmanes, Riquelmes, Avellanedas, Villaseñores, Comences, Ralones, Pereas, Fontes, Avalos, Valcarceles, Pachecos, Moncadas, Monzonés, Guevaras, Melgarejos, Torrecillas, Llamas, Salares, Eústreros, Andosillas, Loaysas, Iufren-

tes, Sayavedras, Hermasillas, Pelozones, Balboas, Viloas, Alarcones, Laras, Fauras, Zambranas, Cascales, Sotos, Sotomayor, Puxmarines, Varribreas, Paralexas, Saurines, Lázaros, Vorias, Peñaveleros, Escamóz, Dotos y Rosales, Jereces, Gomez, Mulas, Darines, Alburquerque, Loritas, Ponces de Leon, otros Guevaras, Cisones, Manchirones, Leones, otros Ponces de Leon, Cildranes, Rosiquies, Tomasés, Tizonas, Paganés, Cernales, Alemanes, Rodas, Píneros, Hurtados. De la villa de Mula Jerez de Avila y Gitar, Leyvas, Correllas, Mazas, Melgarez. De Lorca salieron Moratas, Portales, Cozorlas, Perez de Tudela, Mutados, Quiñoneros, Píneros, Falconetes, Mateos, Rendones, Marcelas, Burgos, Alcázares, Romanes.

Finalmente de estos lugares referidos, Murcia, Lorca y Mula, salieron todos estos caballeros hijosdalgo en servicio del rey D. Fernando contra los moros del reino de Granada; y otros muchos que no se refieren por evitar prolijidad; los cuales mostraron bien el valor de sus personas en todas las ocasiones que se ofrecieron. En Lorca dejó el rey en Santa María una custodia de oro, y una cruz de cristal, guarnecida de oro fino. Pues habiendo puesto el rey toda su gente en muy buena orden, se partió á Vera, en la cual estaba por alcaide un valiente moro, hijo del valiente Alabéz que murió preso en Lorca. Llamábase también Alabéz, no menos valiente que el otro; el cual como supo la venida del rey D. Fernando, luego se dispuso á entregarle la ciudad y fuerza, porque estaba tratado por car-

tas. Y así llegando el rey á una fuente que llaman del Pulpi, salió el alcaide Alabéz á recibirle, y le entregó las llaves de la ciudad de Vera y de su fuerza. El rey entró en la ciudad, y se apoderó de ella, y puso otro alcaide, y á Alabéz hizo muchas mercedes. No habia sino seis dias que estaba en Vera el rey, cuando se le entregaron los lugares siguientes: Vera, Antas, Lorin, Sorbas, Teresa, Cabrera, Sotena, Cricantocia, Las Cuevas, Portilla, Obera, Zurgena, Guercar, Velez el Blanco, Turbe, Mojacar, Uleyla del Campo, Cuerbro, Tabernás, Ynox, Albreas, el Box, Santo Perar, Huescar, Cijola, Pataloba, Finis, Albanabéz, Inmeytin, Ventiagla, Velez el Rubio, Tirieza, Jiquena, Purgena, Cullar, Benamantél, Castilleja, Orce, Galera, Utreza, Armuña, Bayarque, Sierto, Filabares, Vacares, Durca; y sin estos otros muchos lugares del rio de Almanzor. Los tres Alabeces suplicaron al Católico rey que los mandase bautizar; conviene á saber: Alabéz, alcaide de Vera; Alabéz, alcaide de Velez el Rubio, y Alabéz, alcaide de Velez el Blanco. El rey se holgó mucho de ello, y por ser principales caballeros mandó que los bautizase el Obispo de Plasencia; y del alcaide de Vera fue padrino D. Juan Chacon, adelantado de Murcia, y del alcaide de Velez el Rubio lo fue un principal caballero llamado D. Juan de Avalos, hombre de grande valor, y muy estimado del rey por su grande bondad: Este Avalos fue alcaide de la villa de Cuellar, y él y otros caballeros naturales de la villa de Mula, llamados Perez de Hita, pelearon

con los moros de Baza, que cercaron la villa de Cuellar tan bravamente, que jamás se vió en tan pocos cristianos tan brava resistencia; y al fin los moros no la tomaron por ser tan bien defendida. Esta batalla escribe Hernando del Pulgar, coronista del rey D. Fernando. Del nombre de este alcaide Avalos se llamó el alcaide de Velez el Rubio D. Pedro de Avalos, á quien el rey D. Fernando hizo muy grandes mercedes por su valor, y le dió y otorgó grandes privilegios, en que pudiese traer armas, y tener oficios nobles en la república. Del alcaide de Velez el Blanco, hermano del que hemos dicho, fue padrino un caballero llamado D. Fadrique. De aquestos tres famosos alcaides hay hoy día deudos, en especial de Avalos. De esta suerte se iban tornando cristianos algunos de los mas principales alcaides de estos lugares, entregándosele sin pensar. Siendo el rey apoderado de todas estas fuerzas ya dichas, determinó de irse á Almería por ver su asiento, y ponerla cerco, dando lugar á los moros que se habian dado para que los que quisiesen se fuesen á Africa, ó adonde les pareciese, y que los que quisiesen estar quedos, que se estuviesen. Con esto el rey fue á Almería, donde tuvieron con los moros encuentros. Partiósese de Almería el rey, dejando el cerco para despues; y asimismo lo hizo en Baza, despues de haber bien reconocido y visto donde podía poner sitio y real. Tuvo con los moros en Baza grandes encuentros, donde murieron muchos de ellos: allí hizo D. Juan Chacon cosas memorables. Levantóse el real, y

fue á Huescar, la cual se dió luego. Aquí mandó el rey despedir la gente de guerra, y él se fue á Carávaca á adorar la santa cruz que allá está, y de allí se partió á Murcia, donde estaba la reina Doña Isabel, y descansó aquel año. En este tiempo hubo grandes rebeliones en los lugares que se habian dado; pero el rey D. Fernando los apaciguó enviando gente de guerra que los aquietase. El año siguiente puso cerco el rey D. Fernando á la ciudad de Baza, donde hubo muchas escaramuzas y batallas entre moros y cristianos. Vino á tanto extremo de necesidad Baza, que pidió socorro al rey viejo, que estaba retirado en Guadix, y al rey Chico de Granada, mas este no quiso darla ningun socorro. El rey viejo envió bastimentos y gente de guerra á Baza. Muchos moros de Granada comenzaron á alborotar la ciudad; y visto que el rey de ella no quiso dar favor á los de Baza, decian que los cristianos ganaban el reino, y no eran socorridos los moros, y que era mal hecho; y así se salian muchos moros secretamente al socorro de Baza. El rey Chico enojado contra los que alborotaban la ciudad, mandó hacer pesquisa de ellos, y sabido les hizo cortar la cabeza. Al fin Baza se dió, y Almería y Guadix, porque el rey viejo las entregó. El rey D. Fernando le dió ciertas villas en recompensa; pero á pocos dias se pasó á Africa. Así como se dieron las tres ciudades dichas, no hubo villa, lugar ni fortaleza que no se diese al rey Católico; de suerte que todo el reino estaba aprisionado, salvo la ciudad de Granada; y

asi será bien dar fin á las guerras civiles, y tratar del rey de ella.

Ya dijimos como fue prisionero el rey Chico de Granada por el alcaide de los Donceles D. Diego Fernandez de Córdoba, señor de Lucena, y por el Conde de Cabra; y como el rey D. Fernando le dió libertad, con condicion que el moro le habia de dar cierto tributo. Otrosi, entre estos dos reyes fue concertado que acabado de ganar á Guadix, Baza y Almería, y todo lo demas del reino, el rey Chico le habia de entregar al rey D. Fernando la ciudad de Granada y Alhama, con el Alcazaba y Albaicin, Torres-Bermejas y castillo de Vivatambien, con todas las demas fuerzas de la ciudad; y que el rey D. Fernando le habia de dar al rey moro la ciudad de Purchena y otros lugares en que estuviese, para que con las rentas de ellos viviese hasta su fin. Pues habiendo el rey cristiano ganado á Baza, Guadix y Almería, con todo lo demas, luego envió sus mensageros al rey moro que le entregase á Granada y fuerzas de ella, como estaba puesto en el concierto y trato, y que él le daría á Purchena y los lugares prometidos. A esto respondió el rey moro que estaba arrepentido del trato hecho, que aquella ciudad era muy grande y populosa, y llena de gente, naturales y estrangeros, de los que habian escapado de todas las ciudades ganadas, y que habia diversos pareceres sobre la entrega de la ciudad, y aun se comenzaban nuevos escándalos en ella; y que aunque los cristianos se apoderasen de la

ciudad, que no la podrian sojuzgar: por tanto, que su alteza pidiese dobladas parias y tributo, que lo pagaría, y que no le pidiese á Granada, que no se la podia dar, y que le perdonase. Con aquesta respuesta se enojó el rey D. Fernando, en ver que le quebraba la palabra, y tornó á replicarle, que tenia determinado de darle á Purchena y otros lugares; y que pues le faltaba de su promesa, no le daría sino otros pueblos no tan buenos; y que pues decia que la ciudad de Granada no podia ser sojuzgada, que él se aventuraria con la gente, y que siendo entregado en las fuerzas, y quitando las armas á los moradores, los allanaría con facilidad; y que si no le entregaba la ciudad le harian cruel guerra. Turbado el moro de la resolucion del rey cristiano, juntó todos sus consejos, con los cuales comunicó aquel caso, y sobre ello hubo grandes pareceres. Los Zegries decian que no hiciese tal, ni por imaginacion, ni quitase las armas. Los Gomeles y Mazas estuvieron de aqueste parecer. Los Venegas, Aldoradines, Gazules y Alabeces, que determinaban ser cristianos, decian que el rey D. Fernando pedia justicia, pues estaba asi concertado; y ya que debajo de aquel concierto el rey D. Fernando les habia dado lugar de cultivar sus haciendas y labores, y á los mercaderes para entrar y salir en los reinos de Castilla á tratar con sus cartas de seguro, que ahora no era justo hacer otra cosa; que no era de rey quebrar la palabra, pues el cristiano no la habia quebrado. Los Almoradís decian que no conve-

nia darle al rey D. Fernando nada de lo que pedia, que si él habia dado lugar á los moros para cultivar sus labores, tambien ellos no habian corrido los campos de las fronteras; que tambien ellos gozaban de aquella paz y concierto, y asi como los moros, y mejor. Toda la demas gente de guerra fue de este parecer, y le fue respondido al rey Católico, que no habia lugar á lo que pedia. Vista la respuesta del rey moro, y que venian á correr la tierra de los cristianos, mandó el rey D. Fernando reforzar y guarnecer todas las fronteras, y proveerlas de bastimentos y municiones, con intento de poner cerco á Granada el verano siguiente; y asi se fue á Segovia á invernar.

### CAPITULO XVIII,

*en que se dá cuenta del cerco de Granada por los reyes Católicos, y de la fundacion de la Santa Fé.*

El verano siguiente vino el rey D. Fernando á Córdoba, y allí tuvo ciertas escaramuzas con los moros de Granada, y quitó el cerco de Salobreña que tenian los moros en aprieto. Hecho esto se fue á Sevilla á tratar ciertas cosas para el cerco de Granada. Volvió á Córdoba, y de allí vino á la Vega de Granada y destruyó todo el Valle de Alihendin, y mataron los cristianos muchos moros, y quemaron nueve aldeas. En una escaramuza murieron muchos Zegries á

manos de los cristianos Abencerrages, y un Zegri escapó huyendo á darle esta mala nueva al rey moro. El rey D. Fernando puso su real en la misma Vega, donde estaba prevenido todo lo necesario, y puso toda su gente en escuadron formado con todas sus banderas tendidas y su real estandarte, en el cual llevaba por divisa un Cristo crucificado. Por la nueva que llevó el Zegri al rey se hizo este

### ROMANCE.

Mensageros han entrado  
al rey Chico de Granada;  
entran por la puerta Elvira  
y paran en el Alhambra.

Ese que primero llega  
Mahoma Zegri se llama,  
herido viene en un brazo  
de una muy mala lanzada.

Y así como hubo llegado  
desta manera le habla,  
con el rostro demudado  
de color muy fria y blanca:

«Nuevas te traigo, señor,  
y una muy mala embajada.  
Por ese fresco Genil  
mucha gente viene armada:

Sus banderas traen tendidas,  
puestas á son de batalla,  
un estandarte dorado  
en el cual viene bordada

Una muy hermosa cruz,  
que mas relumbra que plata,  
y un Cristo crucificado  
traía por cada banda.

El general desta gente  
el rey Fernando se llama:  
todos hacen juramento  
en la imagen figurada,  
de no salir de la Vega  
hasta rendir á Granada.

Y con esta gente viene  
una reina muy preciada,  
llamada Doña Isabel,  
de grande nobleza y fama.

Veisme aquí, herido vengo  
ahora de una batalla,  
que entre cristianos y moros  
en la Vega fue trabada.

Treinta Zegrís quedan muertos,  
pasados por el espada  
de cristianos Bencerrages  
con braveza no pensada.

Perdóname por Dios, rey,  
que no puedo dar el habla,  
que me siento desmayado  
de la sangre que me falta.

Estas palabras diciendo  
el Zegrí, allí se desmaya:  
desto quedó triste el rey,  
que no pudo hablar palabra.

Otros cantaron este romance de otra mane-  
ra; y porque no se le hace agravio al que le

compuso, lo pondremos aquí, aunque los romances tienen un mismo sentido, y dice así:

Al rey Chico de Granada  
mensageros le han entrado;  
entran por la puerta Elvira  
y en el Alhambra han parado.

Este que primero llega  
es un Zegrí muy nombrado,  
con una marlota negra,  
señal de luto mostrando.

Las rodillas por el suelo,  
desta manera ha hablado:

Nuevas te traigo, señor,  
de dolor en sumo grado.

Por ese fresco Genil

un campo viene marchando,  
todo de lucida gente,

sus armas van relumbrando.

Las banderas van tendidas;

hay un estandarte dorado:

el general de esta gente

es el invicto Fernando.

En el estandarte trae

un Cristo crucificado;

todos hacen juramento

de morir por el figurado,

Y no salir de la Vega,

ni volver atrás un paso,

hasta ganar á Granada:

y tenerla á su mandado.

Y tambien viene la reina,

muger del rey D. Fernando,  
la cual tiene tanto esfuerzo  
que anima á cualquier soldado.

Yo vengo herido, buen rey,  
un brazo tengo pasado,  
y un escuadron de tus moros  
ha sido desbaratado.

Todo el campo de Alhendin  
queda roto y saqueado.  
Éstas palabras diciendo  
cayó al Zegrí desmayado.

Mucho lo siente el rey moro,  
del gran dolor ha llorado,  
al Zegrí quitan de allí  
y á su casa le han llevado.

Dejando ahora los romances, y tornando á lo que hace al caso de nuestra historia, el rey D. Fernando asentó su real, y le fortificó con muy gran discrecion, y conforme práctica de milicia, y en una noche se hizo allí un lugar en cuatro partes partido, quedando en cruz; el cual tenia cuatro puertas, y todas se veían estando en medio de las cuatro calles. Hizóse esta poblacion entre cuatro grandes de Castilla, y cada uno tomó un cuartel á su cargo. Fue cercado de un firme baluarte todo de madera, y por encima cubierto de lienzo encerado; de modo que parecia una firme y blanca muralla, y toda almenada y torreada; siendo una cosa muy de ver, que no parecia sino labrada de una muy curiosa cantería. Otro dia por la mañana cuando los moros vieron aquel lugar hecho y tan cerca de

Granada, todo torreado, se maravillaron mucho de verle. El rey D. Fernando como vió acabado aquel lugar, y con tan gran perfeccion, le hizo ciudad, y le puso por nombre Santa Fé, y la dotó de muchas franquezas y privilegios, de los cuales hoy dia goza. Y porque esta ciudad se hizo de esta suerte, se compuso este romance antiguo, que dice así:

Cercada está Santa Fé  
con mucho lienzo encerado,  
al derredor muchas tiendas  
de seda, oro y brocado,

Donde están duques y condes,  
señores de grande estado,  
y otros muchos capitanes,  
que lleva el rey D. Fernando.

Todos de valor crecido,  
como ya lo habreis notado  
en la guerra que se ha hecho  
en el granadino estado.

Cuando á las nueve del dia  
un moro se ha demostrado  
sobre un caballo negro,  
de blancas manchas manchado;

Cortados ambos hocicos,  
porque le tiene enseñado  
el moro; que con sus dientes  
despedace á los cristianos.

El moro viene vestido  
de blanco, azul y encarnado,  
debajo de esta librea  
traía un muy fuerte jaco;

Una lanza con dos hierros  
de acero muy bien templado,  
una adarga hecha en Fez  
de un ante rico estremado.

Aqueste perro con befa  
en la cola del caballo  
la sagrada AVE MARIA,  
llevaba haciendo escarnio.

Llegando junto á las tiendas  
de esta manera ha hablado:  
«cuál sera aquel caballero,  
que sea tan esforzado,  
que quiera hacer conmigo  
batalla en aqueste campo?»

Salga uno, salgan dos,  
salgan tres, ó salgan cuatro;  
el alcaide de los Donceles  
salga, que es hombre afamado.

Salga ese conde de Cabra,  
en guerra experimentado;  
salga Gonzalo Fernandez,  
que es en Córdoba nombrado,

O si no Martin Galindo,  
que es valeroso soldado;  
salga ese Portocarrero,  
señor de Palma nombrado,

O el bravo D. Manuel  
Ponce de Leon llamado,  
aquel que sacára el guante,  
que por industria fue echado  
donde estaban los leones,  
y él lo sacó muy osado.



JUNTA DE ANDALUCIA

Almendra y Generalif

Y si no salen aquestos,  
salga el mismo rey Fernando,  
que yo le daré á entender  
si tengo valor sobrado.»

Los caballeros del rey  
todos están escuchando;  
cada uno pretendia  
salir con el moro al campo.

Garcilaso estaba allí,  
mozo gallardo esforzado:  
licencia le pide al rey  
para salir al pagano.

«Garcilaso, sois muy mozo  
para emprender este caso:  
otros hay en el real  
á quien poder encargarlo.»

Garcilaso se despidió  
muy confuso y enojado,  
por no tener la licencia,  
que al rey le habia demandado;

Pero muy secretamente,  
Garcilaso se habia armado,  
y en un caballo morcillo  
salídose habia al campo.

Nadie le ha conocido,  
porque sale disfrazado:  
fuese donde estaba el moro,  
y de esta suerte le ha hablado;

«Ahora verás tú, moro,  
si tiene el rey D. Fernando  
caballeros valerosos  
que salgan contigo al campo.»

Yo soy el menor de todos,  
y vengo por su mandado.

El moro cuando le vido  
en poco le habia estimado,

Y díjole de esta suerte:

«Yo no estoy acostumbrado  
á hacer batalla campal  
sino con hombres barbados»

Vuélvete, rapáz; le dice,  
y venga el mas estimado.»

Garcilaso se enojó,  
puso piernas al caballo,

Arremete para el moro,  
y un grande encuentro le ha dado.

El moro que esto vido,  
revuelve asi como un rayo:

Comienzan la escaramuza  
con un furor muy sobrado:

Garcilaso, aunque era mozo,  
muy gran valor ha mostrado.

Dióle al moro una lanzada  
que el pecho le ha atravesado,  
y el moro cayera muerto;  
tendido le habia en el campo.

Garcilaso con presteza  
del caballo se ha apeado:

cortárale la cabeza,  
y en el arzon la ha colgado.

Quitóle el AVE MARIA  
de la cola del caballo,

é hincando ambas rodillas  
con devocion la ha besado,

Y en la punta de la lanza  
por bandera la ha colgado:  
subió en su caballo luego,  
y el del moro había tomado.

Cargado destes despojos  
al real se había tornado,  
donde estan todos los grandes,  
tambien el rey D. Fernando.

Todos tienen en grandeza  
aquel hecho señalado:  
tambien el rey y la reina  
mucho se han maravillado,  
por ser Garcilaso mozo,  
y haber hecho un tan gran caso:

Garcilaso de la Vega  
desde allí se ha intitulado,  
porque en la Vega hiciera  
campo con aquel pagano.

Como dice el romance, el rey y la reina y todos los del real se maravillaron de aquel gran hecho de Garcilaso, y el rey le mandó poner en sus armas las letras del AVE MARIA; con justa razon, por habérsela quitado al moro de tan indecente parte; y por ello haberle cortado la cabeza. Desde entonces en adelante los moros de Granada salian á tener escaramuzas con los cristianos en la Vega, en las cuales los cristianos llevaban lo mejor siempre. Los valerosos Abencerrages cristianos suplicaron al rey que les diese licencia para hacer un desafio con los Zegríes. El rey conociendo su bondad y valor se la otorgó, dándoles por caudillo al valeroso caballero

D. Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles. Hecho el desafio, los moros Zegríes salieron fuera de la ciudad. El desafio se hizo de cincuenta á cincuenta; y no muy lejos vinieron los Zegríes muy bien aderezados, todos vestidos de su acostumbrada librea pajiza y morada, plumas de lo mismo. Los bravos Abencerrages salieron con su acostumbrada librea azul y blanca, todos llenos de ricos tejidos de plata, las plumas de la misma color; en sus adargas su acostumbrada divisa, salvages que desquijaraban leones, y otros un mundo que le deshacia un salvage con un baston. De esta forma salió tambien el valeroso alcaide de los Donceles, y llegándose los unos á los otros, uno de los caballeros Abencerrages les dijo á los Zegríes: «Hoy ha de ser el dia, caballeros, en que nuestros prolijos handos han de tener fin, y pagarnos la deuda que nos debeis, causa de vuestra malicia y envidia.» A lo cual replicaron los Zegríes, que no se gastase el tiempo en palabras, sino en obras. Diciendo esto se comenzó entre todos una brava y sangrienta escaramuza, la cual se holgaba el rey de ver, y todos los demas del real. Duró esta escaramuza cuatro horas buenas, en la cual hizo el valeroso alcaide de los Donceles cosas maravillosas, tanto, que fue parte su bondad para que los Zegríes fuesen desbaratados, y muchos muertos, y los demas puestos en huida. Los Abencerrages los fueron siguiendo hasta meterlos por las puertas de Granada. Aquesta escaramuza puso á los Zegríes en grande quebranto, y

al mismo rey de Granada; que lo sintió mucho, y de allí adelante se tuvo por perdido. Otro día siguiente la reina Doña Isabel tuvo gana de ver el sitio de Granada; y sus murallas y torres; y así acompañada del rey y de los Grandes, y gente de guerra; se fue á un lugar llamado la Zúbia; que está á una legua de Granada, y de allí se puso á mirar la hermosura y amenidad de la ciudad; miraba las torres y las fuerzas del Alhambra; miraba los labrados y costosos olivares; miraba las Torres Bermejas; la brava y soberbia Alcazar y Albaicin; con todas las demas torres, castillos y murallas. Holgábase mucho de verlo todo la cristianísima reina; y deseaba verse dentro; y tenerla ya por suya. Mandó la reina que aquel día no hubiese escaramuza, mas no se pudo escusar; porque sabiendo que estaba allí la reina, quisieron darla pesadumbre; y así salieron de Granada mas de mil moros; y trabaron escaramuzas con los cristianos; la cual se comenzó poco á poco; y se acabó muy de veras y á gran priesa; porque los cristianos les acometieron con tanta fortaleza; que los moros huyeron; y los cristianos siguiéron el alcance hasta las puertas de Granada; y mataron mas de cuatrocientos de ellos; y cautivaron mas de cincuenta. En esta escaramuza se señaló grandemente el alcaide de los Donceles; y Portocabrero; señor de Palma. Este día mataron á casi todos los Zegríes; tambien esta pérdida sintió el rey del Granada; porque fue mucha. La reina se volvió al real con toda su gente; muy contenta de haber visto á Grana-

da y su asiento. En este tiempo unos leñadores moros se hallaron las cuatro marlotas y los cuatro escudos de los turcos que hicieron la batalla por la reina Sultana; y como entraron en Granada con ellas; y conocieron las marlotas y escudos por sus divisas, se las tomaron á los leñadores, preguntándoles dónde habian habido aquéllas ropas y escudos. Los leñadores dijeron que ellos las habian hallado en lo mas espeso del Soto de Roma. Gazul, sospechando mal, les volvió á preguntar si habian hallado á algunos caballeros muertos. Los leñadores respondieron que no. Gazul mandó llevar las marlotas y escudos á casa de la reina Sultana, y fue él tambien allá, y mostrando las marlotas á la reina, dijo: «Señora, ¿no son estas las propias marlotas de los caballeros que os librarón de la muerte?» La reina Sultana las miró bien, y luego las conoció, y dijo que ellas eran. «Pues ¿qué es la causa, dijo Gazul, que unos leñadores se las hayan hallado?» «No sé que pueda ser, dijo la reina,» Luego sospecharon que los Zegríes y Gomeles los habian muerto, y que no podía ser otra cosa. Gazul contó lo que pasaba á los Alabeces y Venegas, Aldoradines y Almoradis y los cuales por aquel respecto trataron mal de palabras á los Zegríes que quedaban, y á los Gomeles y Mazas: éstos como estaban libres de aquello que se les imputaba, defendian su partido, y sobre ello se revolvió, entre dichos linages de caballeros una pendencia, por cuya causa casi se perdiera Granada, que harto tuvo el rey y los Alfaquíes que.

apaciguar, y decian los Alfaquíes: «¿Qué haceis, caballeros de Granada? ¿Por qué volveis las armas contra vosotros mismos, estando vuestros enemigos á las puertas de la ciudad? Mirad que lo que ellos habian de hacer, haceis vosotros. Mirad que nos perdemos, y no es tiempo de andar en divisiones.» Tan buenas razones dijeron los Alfaquíes, y tanto hizo el rey y otros caballeros, que todo este escándalo fue apaciguado con gran pérdida de los caballeros Gomeles y Mazas; y algunos de sus contrarios. Muza, que deseaba que la ciudad se diese al cristiano rey, viendo armada de nuevo aquella division entre los mas principales, se holgó mucho por lo que él y los de su bando pretendian, que era ser cristianos, y entregar la ciudad al rey D. Fernando; y un dia estando á solas con el rey su hermano, le habló de esta manera: «Muy mal lo has mirado, hermano Abdali, en haber quebrado la palabra que le diste al rey cristiano, y no es trato de rey faltar en lo que propone. Veamos ahora cómo te puedes conservar en esta ciudad, que te ha quedado sola de tu reino; Bastimentos van faltando; puesta en division, no olvidados los rentores contra tí por la muerte de los Abencerrages, por su destierro tan sin ocasion, y por la deshonor que hiciste á tu muger la reina, que aunque fue bien vengada, los Almoradis y Marines sus parientes te tienen un odio mortal; no quisiste recibir jamás de mí ningun consejo, que si lo admitieras, no vieras al estado miserable en que estás puesto,

no teniendo socorro ninguno para resistir la pujanza grande del rey cristiano. Y así, ¿qué determinas hacer? ¿No hablas? ¿Por qué no me respondes? De mi voto, si no te quieres perder de todo punto, entrega al rey D. Fernando esta ciudad, pues que te da en qué y con qué vivas tú y tus siervos. No le indignes más, cumple la palabra con voluntad, si no quieres que á tu pesar te la haga cumplir. Adviertote que están determinados los mas principales caballeros de Granada de irse a servir al rey Católico, ó darte muy cruel guerra, y si quieres saber quien son, has de saber que los Alabeces y Gazules, Aldoradines y Venegas, Azarques y Alarifes, y todos los de sus parcialidades, que tú conoces muy bien, y yo el primero, queremos ser cristianos y servir al rey D. Fernando. Por tanto, consuelate, y mira que si estos que te digo te faltan, ¿qué haras aunque sea en tu favor todo lo restante de la ciudad? Porque todos estos quieren guardar sus haciendas, y no quieren ver su amada patria destruida y saqueada, ni sus reales banderas y estandartes rotos con violencia no vista, y ellos esclavos, divididos por diversas partes de los reinos de Castilla. Muévete a hacer lo que te digo: mira con cuánta piedad y misericordia el rey D. Fernando ha tratado a los pueblos del reino, dejándoles vivir con libertad en sus propias casas y haciendas, pagando lo mismo que a tí te pagaban, y que traigan sus ropas y vestidos, y hablen la lengua y vivan en su ley. Muy admirado y confuso se halló el rey con las razones

que su hermano Muza decía, y con la libertad con que le hablaba; y dando un doloroso suspiro, viendo que de todo punto le convenia dar su ciudad bella, porque no tenia reparo de hacer otra cosa; considerando que todos los caballeros querian ser de la parte del rey Católico, y su mismo hermano con ellos, y considerando que si no entregaba la ciudad, los males que la gente de guerra en ella pudieran hacer, asi de robos como de forzar á las doncellas y casadas, y otras cosas que los victoriosos soldados suelen hacer en las ciudades que rinden, le dijo á su hermano que estaba de parecer de darle ayuda y ponerse en las manos del rey D. Fernando. Y para la ejecucion de ello le dijo á Muza que llamase y juntasen todos los caballeros y linages que estaban de aquel parecer, lo qual hizo luego el capitan Muza. Y siendo juntos en el Alhambra, se trató con ellos si le darian al victorioso rey D. Fernando á Granada. Todos los que estaban allí, Alabeces, Aldoradines, Gazules, Venegas, Azarques, Alarifes, y otros muchos caballeros de este bando, dijeron que la ciudad se entregase al rey D. Fernando. Visto que la flor y lo mejor de los caballeros de Granada estaban de parecer que la ciudad se entregase; mandando luego tocar sus trompetas y añales, al qual son se juntaron todos los caballeros, y quando el rey Chico los vió juntos, les contó lo que estaba tratado entre él y su hermano, que por dolerse de la ciudad y no verla por el suelo, se la queria entregar al rey cristiano. En la ciudad albor

rotada por esto, daban diferentes votos unos de otros: los unos decían que no se diese la ciudad; otros que sí, porque era bien para toda la ciudad; otros decían que anduviese la guerra, y que les vendria socorro de Africa; otros que no vendria. En estos dares y tomares estuvieron treinta dias, al cabo de los cuales fue entre todos determinado de dar la ciudad, y ponerse á la misericordia del rey D. Fernando; y con condicion que todos los que quisiesen vivir en su ley y quedarse con sus haciendas, trages y lenguaje, así como habian quedado todas las demas ciudades, villas y lugares que al rey cristiano se le habian entregado. Acordado esto de esta manera, fueron á hablar al rey D. Fernando sobre ello, y los que fueron á tratarlo érn Anabeces, Aldoradines, Gazules, Venegas, y Muza por cabeza de todos; los cuales salieron de la ciudad y fueron á Santa Fé donde estaba el rey D. Fernando acompañado de los Grandes de Castilla; el cual como vió venir tan grande escuadron, mandó que el real se aperciese por si fuese menester; aunque por cartas de Muza sabra lo que se trataba en Granada. Llegaron al real los granadinos caballeros, se apearon y entraron en Santa Fé, y fueron al alojamiento real. Erán Muza, Malique Alabéz, Aldoradin y Gazul, los cuales llevaban comision de tratar este negocio. Todos los demas caballeros moros quedaron fuera del real paseándose y hablando con los demas caballeros, admirados de ver tanta braveza y apercebimiento de guerra, y de ver áquel fuerte

real; y su asiento. Finalmente, los comisarios moros hablaron con el rey; y Aldoradín caballero muy estimado; dijo lo siguiente: *oh moros*

*Razonamiento que se hizo al rey D. Fernando:*

«No las sangrientas armas ni el belicoso són de acordadas trompetas, y retumbantes cajas; ni arrastradas banderas, ni muerte de varones incultos, invicto y poderoso rey Católico; ha sido parte para que nuestra ciudad de Granada viese á entregarse, y dar, y abatir sus reales pendones, sino la fama de tu soberana virtud y misericordia, que de ordinario usas con tus súbditos, y lo cual es muy manifiesto á todos; y confiados en que nosotros los moradores de la ciudad de Granada no seremos menos tratados ni honrados que los demás que á tu grandeza se han dado, nos venimos á poner en tus reales manos, para que de nosotros, y de todos los de la ciudad, hagas tu voluntad, como de humildes vasallos; y desde ahora prometemos de darte á Granada y á todas sus fuerzas, para que de la ciudad y de ellos dispongas á tu voluntad; y el rey besó tus reales pies y manos, y pide perdón de haber faltado á la palabra y juramento dado; y porque tu grandeza veal ser esto así, toma una carta suya, la cual me mandó que pusiese en tus reales manos.»

«Diciendo esto hincadas ambas rodillas, besó la carta, y se la dió al rey D. Fernando; y recibéndola con mucho contento la abrió, y leida

entendió el rey ser así lo que Aldoradin le había dicho; y que su alteza fuese á Granada y tomase posesion de la ciudad y del Alhambra.

El Aldoradin pasó adelante con su plática diciendo: «Las condiciones arriba dichas son, que «los moros que quisiesen ir al Africa se fuesen «libres, y que los que se quisiesen quedar que «les dejasen sus bienes, y que los que quisiesen «vivir en su ley, viviesen, y trajesen su hábito y «hablasen su lengua.»

Todo lo cual les otorgó el rey D. Fernando muy alegremente; y así los cristianos reyes de Castilla y de Aragon, D. Fernando y Doña Isabel fueron con gran parte de su gente á Granada, dejando su real á muy buen recaudo; y dia de los reyes en treinta dias de diciembre, les fue á los reyes Católicos entregada la fuerza del Alhambra á dos dias del mes de enero la reina Doña Isabel y su cortege con toda la gente de guerra, partió de Santa Fé á Granada, y en un cerro que estaba junto á ella se puso á mirar la hermosura de la ciudad, aguardando que se hiciese la entrega de ella. El rey D. Fernando tambien, acompañado de sus Grandes de Castilla, se puso por la parte de Genil donde salió el rey moro; y en llegando le entregó las llaves de la ciudad y de las fuerzas, y se queria appear para besarle los pies. El rey D. Fernando no consintió que hiciese lo uno ni lo otro. Finalmente, el moro le besó la mano y le entregó las llaves, las cuales dió el rey al conde de Tendilla, por haberle hecho merced de la alcaidía.

porque la tenia bien merecida; y así entraron en la ciudad y subieron al Alhambra, y encima de la torre de Comares tan famosa; se levantó la señal de la santa Cruz, y luego el estandarte de los Católicos reyes; y los dos reyes de armas dijeron en altas voces: *Viva el rey D. Fernando, por él, y por la reina Doña Isabel, su muger.* La Católica y serenísima reina que vió la señal de la santa Cruz encima de la torre de Comares, y su estandarte real con ella, se hincó de rodillas, y puestas las manos dió infinitas gracias á Dios por la feliz victoria que habia ganado contra aquella populosa ciudad de Granada. La música de la capilla del rey cantó luego: *Te Deum laudamus.* Fue tan grande el placer de todos, que lloraban. Luego se oyeron en el Alhambra mil instrumentos de bélicas trompetas, pifanos y cajas. Los moros amigos del rey D. Fernando, que querian ser cristianos, y cuya cabeza era Muza, tocaron muchas dulzainas y añafles, sonando gran ruido de tambores por toda la ciudad. Los caballeros moros que habemos dicho en aquella noche jugaron galanamente alcancias y cañas, las cuales se holgaron de ver los dos cristianos reyes. Había tantas luminarias, y tantas fiestas, y regocijos, aquella noche, que era cosa de ver. Dice nuestro coronista, que aquel día de la entrega de la ciudad, el rey moro hizo sentimiento en dos cosas. La una es, que pasando el rey moro un río, los moros que iban á la par de él le cubrieron los pies, lo cual el rey no quiso consentir. La otra costumbre es, que subiendo el

rey alguna escalera; los zapatos que se descalza, ó pantuflos; al pie de ella, los mas principales que van con él se los suben; lo qual el rey moro no quiso consentir aquel dia. Y asi como llegó á su casa el rey moro, que era el Alcazaba, comenzó á llorar lo que habia perdido; al qual llanto le dijo su madre, que pues no habia sido para defenderla hacia bien llorarla. Todos los Grandes de Castilla le fueron á besar las manos al rey D. Fernando y á la reina Doña Isabel, y á jurarlos por reyes de Granada y su reino. Los Católicos reyes hicieron muchas mercedes á todos los caballeros que se habian hallado en la conquista de Granada. Entregada la ciudad fueron puestas todas las armas de los moros en el Alhambra. Acabado de dar asiento en las cosas de Granada, mandó el rey D. Fernando que á los caballeros Abencerrages se les volviesen todas sus casas y haciendas, y sin esto les hizo grandes mercedes. Lo mismo hizo con Reduan, Sarracino y Abenamar, los cuales habian servido en la guerra muy bien, y con grande fidelidad. Muza y Gelima se volvieron cristianos, y los casó el rey, y les dió grandes haberes. La reina Sultana fue á besar las manos á los reyes Católicos, los cuales la recibieron benigna y amorosamente, y dijo que queria ser cristiana; y asi la bautizó el nuevo arzobispo, y la puso por nombre Doña Isabel de Granada. Casóla el rey con un principal caballero, y le dió en dote dos lugares. A todos los Alabeces y Gazules el rey les hizo grandes mercedes, especialmente á Malique Alabez, que se ha-

mó D<sup>e</sup> Juan Alabéz, y el mismo rey fue padr<sup>e</sup> no suyo, y de Aldoradin, al cual llamó de su propio nombre Fernando Aldoradín. El rey mandó que si quedaban Zegries, que no viniesen á Granada, por la maldad que hicieron contra los Abencerrages. Los Gomeles se fueron á Africa, y el rey Chico con ellos, que no quiso estar en España, aunque le habían dado á Purchena en que viviese; y en el Africa le mataron los moros de aquellas partes, porque perdió á Granada. Nuestro moro coronista nos advierte de una cosa, y es, que los caballeros llamados Mazas, que no era este su propio nombre, sino Abembices. De este nombre Abembiz hubo dos linages en Granada, y no bien puestos los unos con los otros, porque cada uno decia ser de mas claro linage que el otro. Sucedió que el bando de aquellos Abembices en tiempo del rey de Castilla D. Juan I tuvieron una batalla en la Vega de Granada con los cristianos, y de los cristianos se llamaba el capitan y alferes, que era su hermano, D. Pedro Maza. Decian ser estos caballeros del reino de Aragon y de Valencia, y que esta sangrienta batalla fue muy reñida; de manera que los capitanes de ambas partes murieron, asimismo los alfereses, y los estandartes fueron trocados; que el de los moros llevaron los cristianos, y los moros se llevaron el de los cristianos; y fueron cautivos, así de una parte como de otra, y respecto de aquella cruel batalla por la memoria de ella, en Granada diciendo ó nombrando los Abembices, respondian los Mazas ó los otros. De manera que

fueron llamados los Abembicés Mazas, y se quedaron con aquel nombre. El rey D. Fernando les dió á los caballeros Venegas muy grandes mercedes y privilegios, como que pudiesen traer armas; y asimismo á los Alabeces y Aldoradines. La hermosa reina, que se solía llamada Doña Isabel de Granada siendo casada, como ya hemos dicho, dió libertad á su criada Esperanza de Hita, y muchas y muy ricas joyas, y la envió á Mula, de donde era natural, al cabo de siete años de cautiverio. No muchos dias, despues de tomada Granada, fue hallada una cueva de armas; de la cual se hizo grande pesquisa; y descubierta la verdad, se hizo justicia de los culpados. Algunas cosas de aquestas no llegaron á noticia de Hernando del Pulgar, coronista de los Católicos reyes; y así no las escribió ni la batalla que los cuatro caballeros cristianos hicieron por la reina, porque de ello se guardó el secreto; y si algo de estas cosas supió y entendió, no puso la pluma en ello, por estar ocupado en otras cosas tocantes á los Católicos reyes y de mas gravedad. Nuestro moro coronista supo de la Sultana, debajo de secreto, todo lo que pasó, y ella le dió las dos cartas la que envió á D. Juan Chacon, y la respuesta que le envió; que así él pudo escribir aquella famosa batalla, sin que nadie entendiese quien fueron hasta ahora. Visto por el coronista perdido el reino de Granada, se fue á Africa, y á Tremecén, llevando todos sus papeles consigo; allí murió; y dejó hijos y un nieto, cuyo nombre

nos hábil que él, llamado Argutarfa, el cual recogió todos los papeles de su abuelo, y en ellos halló este pequeño libro, que no estimó en poco, por tratar la materia de Granada, y por grande amistad se lo presentó á un judío, llamado Saba Santo, quien le sacó en hebreo por su contento, y el original árabigo le presentó á D. Rodrigo Ponce de León, conde del Bailén. Y por saber lo que contenia, y por haberse hallado su abuelo y bisabuelo en las dichas conquistas, le rogó al judío que le tradujese en castellano, y después el conde me hizo merced de dármele. Y pues ya hemos acabado de decir todas las guerras civiles, y los bandos de los Zegríes y Abencérrages, diremos algunas cosas de D. Alonso de Aguilar, y cómo le mataron los moros en Sierra Bermeja, con algunos romances de su historia, y daremos fin á los amores de Gazul y Lindaraja. Así como bautizaron á Gazul, y habiéndole hecho el rey merced, pidió licencia para ir á Sanlúcar, y dióselá. Partióse luego, y llegó con brevedad, con el deseo que tenia de ver á su señora, y le hizo saber con un page su venida. Ella estaba enojada con él sobre ciertos celds, y no quiso oír al page, de lo cual le pesó á Gazul, y sabiendo que en Gelves se jugaban cañas, porque el alcaide de allí las habia ordenado por la paz de los reinos, quiso ir á jugarlas para mostrar su valor; y así un día se puso muy galán, la librea blanca, morada y verde, y las plumas de lo mismo, llenas de argentería de oro y plata, el caballo enjaezado de lo mismo; y antes

de partirse fué por la calle de Lindaraja por verla y él llegaba á sus ventanas cuando la dama salia á un balcon. Gazul que la vió, lleno de alegría y contento picó al caballo, y llegando junto al balcon le hizo arrodillar y poner la boca en el suelo, así como aquel que le tenia enseñado en aquello para aquella hora. Comenzó á hablar diciendo: «Qué le mandaba para Gelves, que ibas allí á jugar cañas, y que con haberla visto llevaba esperanza de que le iria bien en aquella jornada.» La dama le respondió, que á la dama que servia le pidiése favores, que á ella no habia para qué, que no cuidase de engañar á nadie, y diciendo esto, echándole muchas maldiciones, se quitó del balcon y cerró la ventana con gran furia. Gazul viendo aquel gran desfavor de su dama, arremetió el caballo á la pared, y así hizo la lanza pedázos y se volvió á su casa, y se desnudó para no ir á las cañas. No faltó quien le diese noticia de esto á Lindaraja, la cual estaba arrepentida de lo que habia hecho, y así con un page envió á llamar á Gazul para que se viese con ella en un huerto que ella tenia. Gazul lleno de alegre esperanza vino á su llamado, y se vió con ella en aquel jardin, donde ella le dió disculpas, y pidió perdon de lo hecho, y se casaron los dos, y para que fuese á jugar cañas á Gelves ella le dió muy ricas empresas, y por esto se dice este

estrofas y romance  
**ROMANCE.**

Por la plaza de Sanlúcar  
 galán paseando viene  
 el animoso Gazul  
 de blanco, morado y verde.

Quiérase partir el moro  
 á jugar cañas á Gelves,  
 que hace fiestas su alcaide  
 por las paces de los reyes.  
 Adora una Abencerrage,  
 reliquia de los valientes  
 que mataron en Granada  
 los Zegríes y Gomeles.

Por despedirse y hablarla  
 vuelve y revuelve mil veces,  
 penetrando con los ojos  
 las venturosas paredes.

Al cabo una hora de noche,  
 de esperanzas impacientes,  
 viola venir al balcon,  
 haciendo los años breves.

Arremetió su caballo,  
 viendo aquel sol que amanece,  
 haciendo que se arrodille,  
 y el suelo en su nombre bese.

Con voz turbada la dice:  
 «No es posible sucederme  
 cosa triste en esta empresa,  
 habiéndote visto alegre».

Allá me lleyan sin alma

obligacion y parientes;  
 volveráme mi cuidado,  
 por ver si de mí le tienes.

Dame una empresa ó memoria,  
 y no para que nie acuerde,  
 sino para que me adorne,  
 guarde, acompañe y esfuerce.

Celosa está Lindaraja,  
 que de celos grandes muere;  
 de Zaida, la de Jerez,  
 porque su Gazul la quiere;

Y de esto la han informado,  
 que por ella ardiendo muere;  
 y así á Gazul le responde:

Si en la guerra te sucede,

Como mi alma desea,  
 y el tuyo falso merece,

no volverás á Sanlúcar,  
 tan ufano como sueles,

á los ojos que te adoran,  
 y á los que mas te aborrecen.

Y plegue Alá que en las cañas  
 los enenigos que tienes,

te tiren secretas lanzas,  
 porque mueras como mientes.

Y que traigan fuertes jacos  
 debajo los alquiceles,

porque si quieres vengarte,  
 acabes, y no te vengues.

Tus amigos no te ayuden,  
 tus contrarios te atropellen,

y que en hombros de ellos salgas,

cuando á servir damas entres;

Y que en lugar de llorarte  
las que engañas y entretienes,  
con maldiciones te ayuden,  
y de tu muerte se alegren.

Piensa Gazul que se burla,  
que es propio del inocente;  
y alzándose en los estribos,  
tomarla la mano quiere.

«Miente, la dice, señora,  
el moro que me revuelve,  
á quien estas maldiciones  
le vengán, porque me vengue.

Mi alma aborrece á Zaida;  
de que la amé se arrepiente:  
malditos sean los años  
que la serví por mi suerte.

Dejóme á mí por un moro  
mas rico de pobres bienes.»  
Esto que oye Lindaraja,  
aquí la paciencia pierde.

A este tiempo pasó un page,  
con sus caballos ginetes,  
que los llevaba gallardos  
de plumas y de jaeces.

La lanza con que ha de entrar  
la tomó, y fuerte arremete,  
haciéndola mil pedazos  
contra las mismas paredes.

Y manda que sus caballos,  
jaeces y plumas truequen,

los verdes en leonados,  
para entrar leonado en Gelves.

Ya contamos como habiendo pasado aquestas palabras entre Lindaraja y Gazul, ella se quitó del balcon muy enojada y confusa, y dió con su mano á las puertas de la ventana, y con mucho furor la cerró inconsideradamente: mas despues siendo de ello arrepentida, como aquella que amaba de todo corazon á Gazul, y sabiendo como desesperadamente habia trocado sus aderezos verdes, azules y blancos, en leonados, y roto la lanza con enojo en la pared, como atrás se dijo; enviándole á llamar, que le esperaba en su jardin, trató con él muy largas cosas, y entre los dos se casaron, y ella le dió para irse al dicho juego de cañas á Gelves ricas preseas por su memoria. Y de esto se hizo este romance, que dice asi:

Adornado de preseas  
de la bella Lindaraja,  
se parte el fuerte Gazul  
á Gelves á jugar cañas.

Cuatro caballos ginetes  
lleva cubiertos de galas,  
con mil cifras de oro fino,  
que dicen: *Abencerraja*.

Cada librea de Gazul  
era azul, blanca y morada,  
los penachos de lo mismo  
con una pluma encarnada.

De costosa argentería,  
de fino oro, y fina plata,

pone el oro en lo morado,  
la plata en lo rojo esmalta.

Un salvage por divisa  
lleva en medio de la adarga,  
que desquijara un leon,  
divisa hermosa y usada

De nobles Abencerrages,  
que fueron flor de Granada;  
de todos bien conocida,  
y de muchos estimada.

Llevaba el fuerte Gazul,  
por respeto de su dama,  
que era de Abencerrages,  
á quien por extremo amaba,

Una letra en lengua mora  
que dice: *Nadie la iguala.*  
De aquesta suerte Gazul  
de Gelves entró en la plaza

Con treinta de su cuadrilla,  
que asi concertado estaba,  
de una librea vestidos,  
que admira á quien los miraba;

Y una divisa sacaron  
que ninguno discrepaba,  
si no fue solo Gazul  
en las cifras que llevaba.

Al son de los añafiles  
el juego se comenzaba,  
tan trabado y tan revuelto,  
que parece una batalla.

Mas el bando de Gazul  
en todo lleva ventaja:

el moro caña no tira  
que no aportille una adarga.

Míranlo mil damas moras  
de balcones y ventanas,  
tambien lo estaba mirando  
la hermosa mora Zaida;

La cual dicen de Jerez  
que en las fiestas se hallara:  
vestida va de leonado  
por el luto que llevaba.

Por su esposo tan querido,  
que el bravo Gazul matara.  
Zaida bien le reconoce  
en el tirar de la caña:

Acuérdase en su memoria  
de aquellas cosas pasadas;  
cuando Gazul la servia  
y ella le fue tan ingrata.

Muy mal pagó sus servicios,  
y lo mucho que él la amaba:  
siente tanto dolor de esto,  
que allí cayó desmayada;

Y al cabo que volvió en sí,  
su criada la hablara:  
«¿Qué es esto, señora mía?  
¿Por qué causa te desmayas?»

Zaida respondiera así,  
con voz muy baja y turbada:  
«Advierte bien, aquel moro  
que arrojó ahora la caña;

Aquel se llama Gazul,  
cuya fama es bien nóbrada;

seis años fui de él servida,  
sin de mí alcanzar nada.

Aquel mató á mi marido,  
y de ello yo fui la causa;  
y con todo esto le quiero,  
y le tengo acá en el alma.

Holgára que me quisiera,  
pero no me estima en nada;  
adora una Abencerrage,  
por quien vivo desmayada.»

En esto se acabó el juego,  
y la fiesta aquí se acaba:

Gazul se parte á Sanlucar  
con mucha honra ganada.

Muy maravillados quedaron en Gelves de la bondad y fortaleza de Gazul, y cuán bien lo habia hecho en el juego de cañas; y de su valor quedaron muchas damas amarteladas, y se holgaron de ser amadas de tan buen caballero. Llegado Gazul á Sanlucar, luego fue á ver á su dama Lindaraja, la cual no se holgó poco de su venida, y preguntándole muy por estenso todo lo que en Gelves habia pasado, el enamorado Gazul la satisfizo de todo con mucha alegría, contándole cuán bien le habia ido en aquel viage; y por esto se hizo el siguiente

#### ROMANCE.

De honor y trofeos lleno,  
mas que el gran Marte lo ha sido,  
el valeroso Gazul  
de Gelves habia venido.